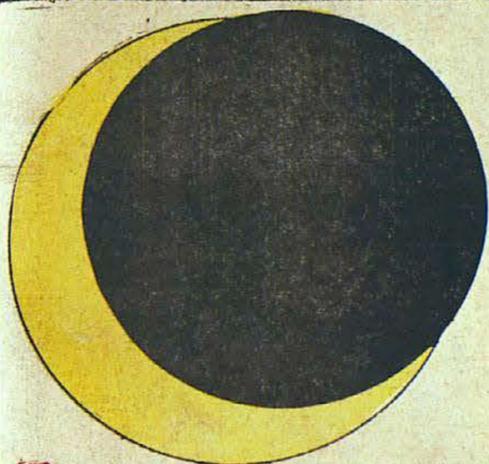


VISTO Y OIDO ★ La Calle de las Cinco Glorias ★ por PREMIANI



EL PRIMER **ECLIPSE** SOLAR se PREDIJO 585 AÑOS ANTES de CRISTO.



En la CIUDAD de CASTELSARRAZIN HAY una CALLE que se LLAMA **WILJOFCLEMPERFOCH**, para HONRAR IGUALMENTE a WILSON, JOFFRE, CLEMENCEAU, PERSHING y FOCH.



Según el SABIO INGLÉS **BENJAMIN SHARP**, las SERPIENTES VENENOSAS POSEEN PUPILAS ELIPTICAS y las INOFENSIVAS, CIRCULARES.



La MAYORIA de los "GRANDES HOMBRES" fueron "CHICOS": **PLATON, JULIO CESAR, EUGENIO de SABOYA, VOLTAIRE, KANT, ROBESPIERRE, NAPOLEON, GARIBALDI, D'ANNUNZIO, BEETHOVEN, LENIN**, etc.

EL ÚNICO a QUIÉN se le PERMITIA FUMAR en los ESCENARIOS era **CARUSO**. Un DOMBERO con un BALDE de AGUA, se le COLOCABA al LADO.



EL LAGO MÁS GRANDE del MUNDO se LLAMA **EL SUPERIOR**. Por su CENTRO CRUZA EXACTAMENTE la LINEA DIVISORIA del CANADA los E.E.U.U.. Sus AGUAS NO SE HIELAN JAMÁS.



UNA vez que el médico certifió la muerte de aquella mujer, le puso una mano sobre el hombro al marido, y le dijo: — ¡Coraje, Bartolo! Luego sonrió.

Sin duda, el hombre del protagonista, no encaja con la seriedad del papel que las circunstancias le acababan de repartir en su propio drama. Era muy poco nombre para un primer actor. El mismo Bartolo lo comprendió así, aunque no participó de la sonrisa casurra del facultativo. Puso, sin embargo, una cara de Bartolo que metía lástima. Se quedó blanco y mudo como una sábana.

— ¡Y, ahora, — indagó — ¿qué hay que hacer? El médico pensó un rato. Luego, añadió: — Nada. Hay que enterrarla. Bartolo no tomó a mal la indicación. Al contrario: admiró la sagacidad del profesional que abarcó rápidamente la sucesión lógica de los acontecimientos: — ¡Vea, doctor, — confesó el protagonista viendo que el otro se iba — no me pade la cuenta ahora, porque tengo poca plata. — No es nada — replicó el facultativo. — No se preocupe por mí. Y se marchó, pensando: — ¡Si que vamos bien: otro clave más!

De pronto, Bartolo, se encontró sólo con su mujer muerta en la pieza. Y experimentó, de pronto, también, tal espanto, que repitió, mentalmente: — ¡Coraje, Bartolo! En seguida comenzó a recantar el dinero que le quedaba y hacer conjuntamente los cálculos del entierro. Cuando terminó la operación, pensó, recién, que no siendo él un perito en materia de pompas fúnebres, sus cuentas, no podían, en consecuencia, resultar exactas. Entonces, salió a la calle en procura de un técnico. Cerca de su casa, por Rivadavia, había una empresa que se dedicaba exclusivamente a trasplantar difuntos. Lentamente, se dirigió hacia allí.

te extraña. Los vecinos, en su ausencia, aprovechando el estado de depresión de su suegra, que era lo único vivo que allí había quedado, armaron tal revolejo que Bartolo creyó, por un instante, haberse metido por equivocación en la finca de al lado.

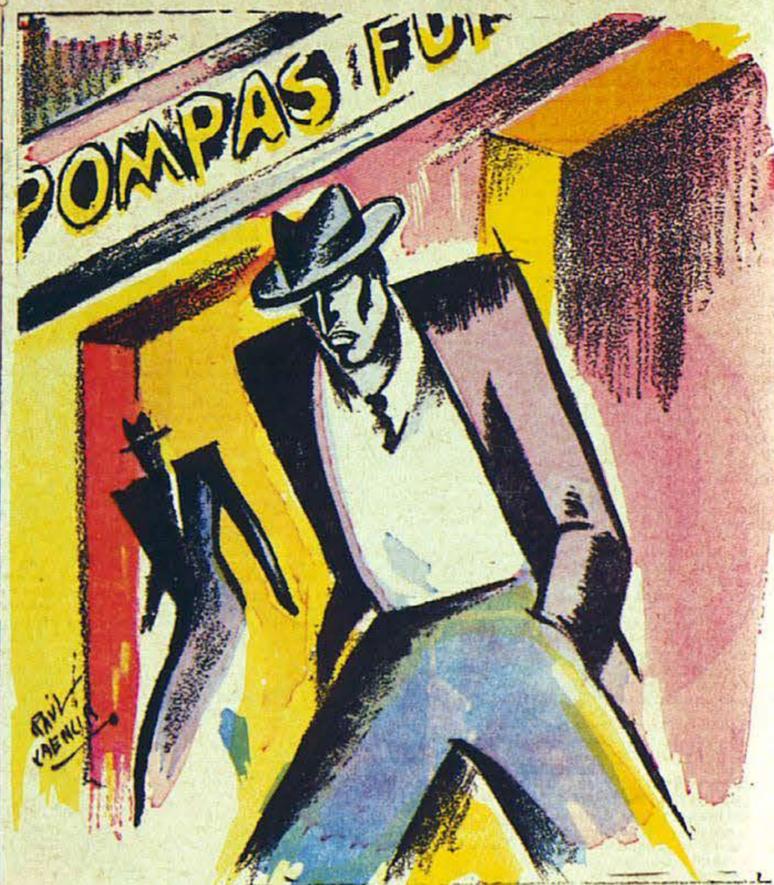
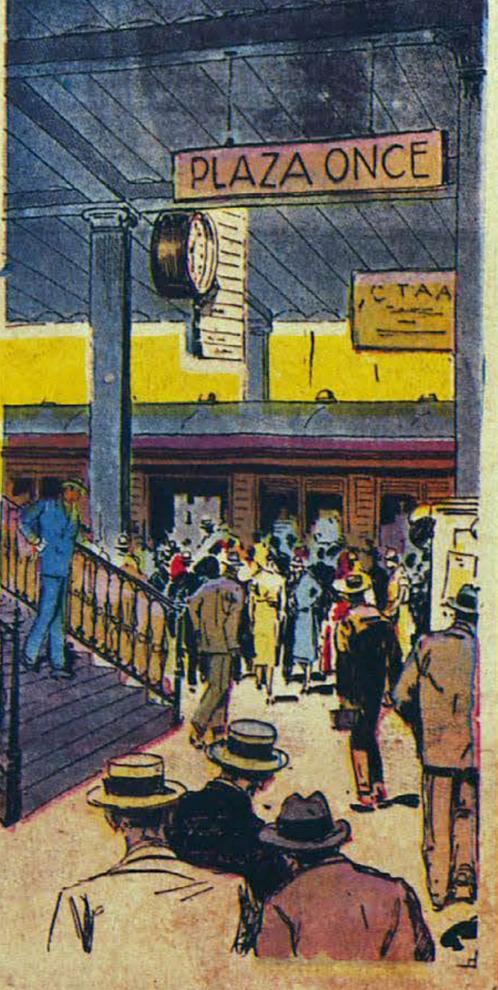
En seguida, un círculo de caras estrafalarias, formó un cinturón alrededor suyo. Por riguroso turno, luego, uno por uno, te extraña. Los vecinos, en su ausencia, aprovechando el estado de depresión de su suegra, que era lo único vivo que allí había quedado, armaron tal revolejo que Bartolo creyó, por un instante, haberse metido por equivocación en la finca de al lado.

Y eso justamente fué lo que sucedió. Una chica toda de verde se había acomodado lo más tranquila a leer una revista, con las piernas cruzadas, apoyada la espalda casi contra la ventanilla, y su cartera y sus guantes tirados sobre el espacio libre de "su" asiento.

Retrocedió entonces hasta colocarse a treinta centímetros del sapatito izquierdo de ella, que se movía en el aire con recatado balanceo. Se inclinó pidiendo permiso, y quiso ayudarla a levantar un guante y su cartera, pero ella se apresuró a recogerlo todo, sin abarcarle en su mirada.

rompía la rueda, se le acercaba en línea recta y le decía misteriosamente, tendiéndole la mano: — Le acompaño el sentimiento. Después, ocurría algo más grave aún. De rato en rato, toda aquella gente, estimulada por una vieja amarilla y narigueta, sin saberse bien por qué, de golpe, se ponía a llorar ruidosamente. Y esto daba margen a un fenómeno muy curioso: todos lloraban, menos el interesado. Al mediodía apareció el camión de las pompas fúnebres con todo. Un hombre gordo, sonriente, feliz, venía presidiendo la pandilla de los enterradores. Bajaron todos con las herramientas y los bríos de los maquinistas cuando se disponen a cambiar una decoración. Como primera providencia, el gordo, sacó un metro y midió la pieza mortuoria. A continuación, se encaro con el propietario, o sea, con Bartolo. — ¡Mire, don Bartolo, — dijo — la pieza es muy chica. Hay seis candeleros. Cada uno necesita cincuenta centímetros de luz. Si armamos aquí el efecto de las velas se pierde. ¿Qué le parece si lo hicieramos en la otra? — No — contestó el afectado. — Aquí murió y aquí la quiero velar. — ¡Está bien! — transó el gordo, decepcionado. — ¡A qué religión pertenece? Bartolo no supo qué contestar. — Porque si pertenece a la religión católica — explicó el "regisseur" — le ponemos un Cristo y si pertenece a la religión hebrea, se lo sacamos. ¡A nosotros, tanto nos da! ¡Hacemos el gusto del cliente! En vista de que el interesado no respondía, el hombre, insistió: — ¡Pongo el Cristo! — ¡Sí, el Cristo. Mientras el gordo sudaba afanosamente, adentro, después, arreglando la escena de la pieza, afuera, sus dos ayudantes, comentaban con desgarro las alternativas de un partido de football, que, al parecer, les había resultado a ambos, netamente desfavorable. — ¡Yo te digo que fué un tongo! — declaraba uno, al par que le sacaba brillo a un candelero. — ¡Se vendió el refresco! — ¡Sabés lo que tenemos de hacer en adelante? — se consolaba el otro. — ¡Bueno! — ¡Romper canillas! ¡Para qué se tienen los botines, si no? Por su parte, el gordo, de vez en cuando, gritaba con su voz de trueno: — ¡Che: marmaduque! ¡Traeme tres cruces más de las chicas! O sí no: — ¡Baja el Cristo con la plataforma! Al ver que la muerta tenía los ojos abiertos, entre grito y grito, el gordo, más tarde, siempre sonriente, solicitó un platito con vinagre y se los cerró. Al cabo, dejó todo listo. Llamó a Bartolo y luego de llevarlo de aquí para allí, a fin de que apreciase debidamente, en todos sus detalles, "su trabajo", indagó: — ¿Qué le parece, maestro? ¿Está bien? — ¡Sí, sí — exclamó Bartolo sin saber lo que decía. El gordo, entonces, se recogió un poco los pantalones, amplió prodigiosamente la rajadura de su sonrisa, y pensó: — ¡Aquí, hay propina en fija! Sin embargo, le falló el pronóstico, Bartolo, no pensó lo mismo. A pesar de todo, él de la panícula, no se dispó por vendido. Y tentó suerte por segunda vez, haciéndole revisar de nuevo la armadura de su trabajo. Y otra vez volvió a decirle: — ¡Está bien, no? — ¡Sí, sí. La vieja narigueta, con el propósito de allanar una situación que se tornaba embarazosa, se le acercó al deudo y le insinuó al oído: — ¡Hay que darle algo. Le cerró los ojos. Comprenda. Aunque Bartolo no comprendía un pepino, extrajo un peso de su cartera y se lo entregó al "regisseur", quien, después de mirarlo repetidas veces, cambió una mirada angustiosa con sus ayudantes, como diciendo: — ¿Qué podemos hacer tres hombres con un peso? ¡Hay que tener agallas! Nuevamente, Bartolo, se encontró sólo, esta vez, sentado en un sillón, en el peor lugar de la casa: junto al gallinero. El resto de la finca, estaba materialmente tomado por las visitas.

LA OTRA en su memoria, fielmente conservada en su archivo! Esta que ahora sentía, tímida, débil, desafiada como esas flautas de juguete, no podía referirse al cuadro que había estado reconstruyendo distinta, prolija, circunstancialmente. Era de ella — de su vecina — a pesar de todo. Cuando se dio vuelta con un peso de automática indiferencia, la vieja ya levantándose, mientras se arreglaba el sombrero y recogía los guantes. En ese momento le miró ella de frente. Todo sucedió rápidamente, como un brusco desmoronamiento. El se quedó todavía un instante clavado en el asiento, paseando la mirada sobre los párpados, el mentón, los hombros y las manos de ella. Al lado suyo le pareció, simplemente, que había sucedido algo extraordinario, porque era inexplicable esa aparente suplantación de su vecina — que él había estado identificando en su recuerdo — por esta tan distinta que ahora le miraba de frente, y que tan imposible le resultaba entonces confundirla con la otra. El pareció sencillamente que había estado soñando, y recién comprendió hasta dónde su imaginación pudo valerle de algunos cuantos datos esenciales — una pura y chéica coincidencia — para haberse entretendido en agregar el todo lo demás, accediendo inconscientemente a una definida figura cuyo recuerdo conservaba. Estaba ella de pie, muy junto a él. Como a pesar de seguridad viéndolo con atención impertinente no se había levantado aún para darle paso, le reclamó un poco más fuerte: — ¡Señor, con su permiso! De nuevo la voz distinta chocó contra sus reflexiones, interrumpiendo su abstracción, desarticulando por última vez el ritmo de sus divagaciones. Sin dejar de mirarla, se levantó. Ella se apresuró por el pasillo y se perdió detrás de la primera puerta, a sus espaldas. Mientras de nuevo comenzó a andar el tren, quedó mirando por la ventanilla los pasajeros que se adelantaban y descendían los escalones contiguos a la calzada. La vieja todavía de perfil, y en seguida de espaldas, cada vez más lejos. Entonces volvió a producirle la misma impresión que al principio, cuando la había encontrado en el asiento que ahora ocupaba él solo. Hubiera asegurado de nuevo que era la otra, porque su silueta y su andar eran iguales, y hasta reconoció el ademán amplio de su brazo derecho, balanceándose rítmicamente como en una evadida de su cuerpo. Ahora él estaba bien seguro de su equivocación. Pero quería volver a ver a la otra a través de ella, quería utilizar aquel esquema de su recuerdo. Le bastaba el motivo para continuar reviviendo su interrumpida historia. Después se recostó entre el respaldo y la ventanilla, mientras su imaginación continuaba suavemente recogiendo imágenes.



Lo primero que le pedía a la suegra era que cerrara la puerta con llave. ¡Cuidado con dejar entrar a esa vieja narigueta que le hizo empalmar un peso! Lo segundo, que el servicio fúnebre lo apalabrara antes y no después del desenlace. De ese modo, evitaba que se la estafase miserablemente, como, seguramente, se lo había estafado a él. Finalmente, que no se lo velara. La idea de que el gordo feliz pudiera retornar para discutir la posición de los candeleros o la ubicación del Cristo le encendía la imaginación de proyectos criminales.

Por la noche, comenzó a caer más gente todavía. Nunca la casa le pareció tan chica. La cocina era, de todas las dependencias, la más concurrida. Todas las provisiones que la difunta había almacenado en la despensa, para conjurar los tiempos difíciles, ahora, desembocaban allí. El coñac, el anís, la cerveza, la fruta seca, los embutidos, todo, paulatinamente, iba desapareciendo en el mismo sitio a medida que la noche avanzaba y venía la mañana. Simultáneamente, una voz de barítono de opeista fracasado, matizaba la tertulia, relatando una vez tras otra, todos los chistes que había acopiado durante su existencia. Para peor, después de cada frase, decía, viniese o no viniese al caso: — ¡Qué papa! Así transcurrió la noche y llegó el día. El altoparlante de un radio inmediato, pronto, dió comienzo a una clase de ejercicios suecos con música bailable. Entre flexión, el esquiador, tronaba, enfáticamente: — Señora: no pierda su tiempo probando aceites. ¡Compre aceite marca "Langosta"! ¡Es el único de primera presión! ¡No se deje engañar por las imitaciones! ¡Píjese si trae una langosta en la tapa! A Bartolo todo esto le sonaba distintamente a como le había sonado siempre. Por momentos perdía el hilo de la realidad y le parecía que estaba en un teatro. Por momentos, en cambio, suponía que se hallaba en un teatro y trataba de regresar a la realidad. Un vecino que ignoraba tal vez, el desenlace, puso en marcha su gramofono. Se inició con una petenera. Los gorrieros que hacían el cantador caían como escupitajos en el patio. Bartolo, ponía cada vez más, una cara de Bartolo que aterraba. Una voz de la tertulia, gritó fuerte: ¡A ver si hacen callar a ese fonógrafo! ¡Hay un muerto, caramba! Bartolo se consolaba mirando a las gallinas. Luego, por el pasaje, empezó el desfile de los vendedores ambulantes que recorrían diariamente el barrio, cada uno, haciendo alarde de su pésimo vozarrón. La arteria de Bartolo era una de las más frecuentadas, en razón de que servía de puente entre el mercado y el caserío. Todo vendedor que pasaba gritaba como de costumbre. El limonero era, sin disputa, el más escandaloso. Tenía una tenacidad digna de mejor causa. Vocaba con método y con alevosía. A menudo, con ensañamiento. Toda la rabia que le nacía juntar la crisis le concentraba en la garganta. En seguida, venía el escobero. Llevaba diez artículos diferentes que prezonaba uno tras otro en una sola emisión de voz. Se detenía lo suficiente como para recuperar aliento y volvía a largar la retahíla del decálogo de su mercancía. Después, el tachero, el colchonero, el zapatero. El más moderado era el lechero, porque tocaba tan sólo una corneta. El barullo callejero comenzaba a las nueve de la mañana y hasta a la una de la tarde no fenecía. Bartolo se tapaba los oídos para no escuchar. Tenía la cabeza como un bombo. A las tres de la tarde apareció el cortejo fúnebre. Adelante, por la mitad de la calzada, orientado al cochero y olfateando el terreno, venía el gordo de los candelabros, que había tocado su papel, o que desempeñaba, tal vez, el papel de "frégoil" de la empresa. A pesar de que había mudado de ropa, se lo podía reconocer fácilmente a través de su panícula. Avanzaba graciosamente, sin dejar de sonreír, agitando los brazos como un centrohalf cuando se dispone a verificar una palmatoria. Su parte trasera conspiraba seriamente contra su elegancia. Cuando llegó la hora de clavar el cajón se produjo el mismo fenómeno del día anterior: todos lloraban menos el interesado. La vieja narigueta abrió el cajón y su mal ejemplo repercutió de inmediato en toda la concurrencia. Hubo un escándalo general. Bartolo quiso tomar una manija de la caja de su mujer, pero fué rechazado inmediatamente. También intentó subir al coche de los deudos, con idéntico resultado negativo: ya estaba ocupado. Los mismos que le habían tomado por asalto la despensa y la cocina, le arrebataron el cajón y el coche. Bartolo optó por solicitar un lugar en el último vehículo, una carrindanga rasposa, y allí adentro, apretado como una sardina, se dirigió al cementerio en compañía de una serie de personas satisfechas, totalmente desconocidas, que se permitían todavía la licencia de hablar de él, como si él hubiese estado ausente. Por el camino, pudo reconocer entre los ocupantes al barítono de la cocina, que seguía contando cochufetas. — ¡Qué papa! — exclamaba de tarde en tarde. — ¡Estuviste en el velorio! ¡Era una papa! ¡Había de todo! ¡Así da gusto! Cuando el cortejo penetró en la Chacarita y se dirigió al lugar donde estaba ya la fosa abierta, un hombre, a quien el deudo tampoco conocía, tomó la palabra y pronunció un discurso tan demporable que se le corrió el al que a la salida vendría a cobrarle. Bartolo regresó a su hogar profundamente desconsolado. Empezó a recorrer los cuartos y, queridas que no queridas, notó que faltaban muchas cosas. Entonces, atizado por la curiosidad, hizo una revisión prolija. La despensa estaba completamente vacía. Hasta un Gorgonzola que se había hecho traer de Italia había desaparecido. La cocina quedó deshabitada y desierta. Fue lo que sufrió más. Ni siquiera el mate y la bombilla merecieron el respeto del público. Faltaban infinidad de cacerolas. La pava, no existía ya. Comenzó, entonces, a buscar a su suegra. La encontró trizada en un rincón. — ¡Ha visto? — le dijo. — ¡Oh, qué desgracia, qué desgracia — repetía refiriéndose a la pérdida de su hija. — ¡Deje no más, vieja! — la calmó Bartolo, suponiendo que ella también estaba representando una comedia y se refería al asalto del vecindario. ¡Cuando me muera yo, le juro que no habrá velorio! ¡Me enterraré yo mismo, personalmente! ¡Sabe? — añadió medio loco ya. — El día que pueda la volveré a desenterrar y a enterrar de nuevo. Porque esto no fué un entierro. ¡Fué una comedia!

BAJO pausadamente le escalera, observando desde arriba algunos intrascendentes adioses, momentos antes de que partiera el tren. La estación del Once, como todas las estaciones, servía de pretexto para que unos cuantos desocupados — algunos provistos de entusiastas compañeros locuaces — paseasen de extremo a extremo, curioseando los rostros bonitos y las revistas de los quioscos. Subió al coche por la primera puerta que encontró. En seguida salió el silbato tan conocido a su oído, y el tren comenzó a andar con grave acompañamiento de ruidos y engranajes. Como siempre, atravesó los pasillos de todos los vagones, cuidando su equilibrio con la ayuda de los respaldos y las puertas, y se dirigió, resaca, al primer coche. En él tenía marcado su acostumbrado asiento — junto a la ventanilla izquierda y pegado al último tabique — y le molestaba encontrarlo junto con la presencia de otro, como si verdaderamente aquel sitio le perteneciera a él solo. Y eso justamente fué lo que sucedió. Una chica toda de verde se había acomodado lo más tranquila a leer una revista, con las piernas cruzadas, apoyada la espalda casi contra la ventanilla, y su cartera y sus guantes tirados sobre el espacio libre de "su" asiento. El la miró un poco indeciso. Avanzó dos pasos para sentarse resignadamente algo más lejos — donde podía elegir hasta tres bancos completamente vacíos, o en la discreta proximidad de gente ocupada sólo en la lectura — pero, como acordándose de alguna cosa, se dio vuelta de golpe hacia la izquierda para mirar de nuevo aquella intrusa. Las dos señoras sentadas en el asiento de adelante dejaron por un momento de conversar, y le miraron, torciendo la cabeza, con esa impertinencia que usan a veces los pasajeros sentados para los que están de pie, aislados y como perdidos. Retrocedió entonces hasta colocarse a treinta centímetros del sapatito izquierdo de ella, que se movía en el aire con recatado balanceo. Se inclinó pidiendo permiso, y quiso ayudarla a levantar un guante y su cartera, pero ella se apresuró a recogerlo todo, sin abarcarle en su mirada. Después, ella dobló la revista entre sus manos y se quedó mirando las casas y los árboles desde la ventanilla. Por el vidrio observó sin conmoverse el rostro de su vecino, que adelantaba visiblemente su cabeza al lado suyo, tratando de hacer menos obtuso el ángulo que formaban sus cuerpos. El la estaba mirando con una irreal expresión de sorpresa o felicidad, y también con una como sonrisa incrédula y desconfiada sobre los labios. Eso no era, en realidad, un encuentro, porque ellos nunca se habían visto, ni tampoco era precisamente la confirmación de algún presentimiento, porque

POR Sigfrido Ismael

ILLUSTRACION DE Pedro de Roias

★ AVES DE RAPIÑA ★

LEGABA a la puerta de su oficina, cuando vio a Domínguez, que se dirigía hacia él apresuradamente. Era éste un individuo nebuloso, difícil de clasificar, a quien había conocido una noche en el café. Se decía que era empleado de Investigaciones. Lo esperó.

—Sister, —dijo el otro cuando estuvo a su lado— me han dicho que Vd. puede pasar jugadas desde la oficina... ¿Quiere pasarme ésta, por favor?

—Le entregó un papel, envolviendo un billete de diez pesos. Sister abrió el papel y leyó lo que estaba anotado.

—¿Cuál es el No. 5? —preguntó.

—Croupier.

—¿Croupier? No hace nada; es un matungo.

—No importa; juguémelo nomás...

—O es que le han pasado el dato?

—No, no. Se me ha ocurrido jugarle, por pálpito, nada más. Yo nunca me he conformado con salvar la plata. Eso de jugar al favorito, es cosa de mujeres, ¿no le parece?

Se separaron. Lázaro Sister entró a su oficina. Hasta en las más tranquilas suele haber días de actividad inusitada. Tal ocurría ese sábado en la oficina de Sister. Los distintos empleados ni lo saludaron, volcados sobre los libros y las máquinas. Sister comen- zó su trabajo, suspirando. Bien pronto estuvo él también sumergido por completo en los papeles, olvidado de cuanto lo rodeaba.

Esa noche leía distraídamente los diarios en su casa. Como siempre, se detuvo en la crónica de las carreras, más por costumbre que por interés. Entonces, como un deslumbramiento, se acordó del encargo de Domínguez. Después de haber hablado con él, no había vuelto a acordarse para nada del asunto.

Por más que descontenta el fracaso del caballo, recorrió los resultados con inquietud. Palideció. Croupier había ganado. Y su afición subió de punto cuando leyó los dividendos.

—¿Qué batacazo! —murmuró.

En la orilla del diario hizo el cálculo de la jugada. ¡Trescientos cuarenta pesos con sesenta centavos! Empezaba a medir las consecuencias de su olvido. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Decirle a Domínguez la verdad, es decir, que se había olvidado de pasar su jugada? El sabía perfectamente que eso no encuadraba en la ética del juego (porque los jugadores —hasta los redobloneros— tienen también su ética su-generis). Por lo demás, Domínguez no le iba a creer. No parecía tipo capaz de creer en la honestidad de nadie. Y, ante todo, era evidente que él había hecho perder esos trescientos cuarenta pesos a Domínguez. ¿Con qué cara iba a decirle entonces que se había olvidado de pasar la jugada?

Tendría que ponerlos de su bolsillo... ¿cómo? El sueldo reducido que ganaba, apenas si alcanzaba a cubrir sus necesidades y sus deudas. No tenía tampoco a quién recurrir... Barajaba nombres en su pensamiento y uno a uno los iba desechando luego, tras un examen más o menos corto. A medida que pensaba, las soluciones que se le ocurrían eran más descabelladas.

Lo esperaba el pensar cómo, por qué causa más necia, había cambiado súbitamente su situación. Esa mañana, su vida era todavía la de siempre: mediocre y estrecha, pero equilibrada. A la noche, era insostenible. Y no había dilación ni tregua que pudiera esperarse; al día siguiente, o, a más tardar, el lunes, Domínguez vendría a reclamarle el producto de la jugada. Pensó en escapar, en esconderse donde no pudieran hallarlo. Ya en este tren de ideas, pasaban fugazmente por su es-

RAUL RIVERO OLAZABAL

piritu, más que soluciones concretas, impresiones, verdaderos anhelos de liberación, de evasión, en que hallaba una válvula de escape su inconsciente largamente oprimido. Huir, huir siempre, sin mirar atrás, como huye el desgraciado del lugar de su crimen...

Huir... Pero estaba amarrado a su vida con los mil lazos pequeños y duros de una realidad pequeña y dura. Era un médano fido con yuyos. Debía permanecer.

Por último, cayó en la cuenta de que Domínguez ignoraba su dirección, por lo que iría a verlo forzosamente a la oficina. Esta comprobación, que suspendió los acontecimientos hasta el lunes, le proporcionó un alivio tan grande como si el plazo se hubiera alargado indefinidamente.

Así es que el lunes, cuando Domínguez se le acercó, resplandeciente de alegría, no supo qué decirle, y tartamudeó una excusa.

—No he podido cobrar todavía. Como fracción de la jugada por si acaso era mucho... —se le ocurrió decir.

Domínguez no ocultó su desagrado, aunque pareció aceptar la explicación.

Durante ese día las cosas no variaron. Sister siguió cavilando, sin ningún resultado. Tal vez la misma extravagancia del caso le impidiera afrontarlo de una vez por todas, o tal vez esperara recónditamente que sucediera un milagro, última solución de las cosas que parecen no tenerla. El caso es que al día siguiente volvió Domínguez a pedirle el dinero y volvió él a disculparse por excusas parecidas. A la tercera vez, Domínguez, perdidamente ya por completo la serenidad, le exigió la entrega del dinero, amenazándolo violentamente con denunciarlo. Sister continuaba alegando pretextos, como si hubiera hecho, efectivamente, la jugada, pero no se le ocultaba que su posición era injustificable.

El jueves estaba trabajando en la oficina, cuando apareció Domínguez. Sister le reprochó que hubiera entrado, temeroso de un escándalo que le costara el puesto. Pero el otro estaba fuera de sí. Levantando la voz, le reclamó su plata, y como no obtuviera una contestación satisfactoria, lo trató a gritos de tramposo, estafador y otras cosas por el estilo. Sister se vio perdido. Intentó apaciguarlo y llevarse afuera; pero fue inútil. Domínguez estaba decidido a todo, menos a ceder. Lo amenazó con hacerlo poner preso.

—Lo voy a hacer echar de aquí! —le dijo—. ¡Todo el mundo va a saber que ha estado pasando jugadas por teléfono, desde la oficina!

Sister comprendió que se había colocado en un terreno que no tenía más salida posible que pagar la jugada. Si él hubiera dicho la verdad, confesando su olvido, la cuestión podría haberse solucionado favorablemente, según el criterio y la caballerosidad de Domínguez. Pero si había hecho la jugada, como decía, ¿qué le quedaba sino entregar lo ganado? Todo lo demás, en efecto, resultaba pretextos.

Domínguez, mientras tanto, insistía en sus protestas, golpeando con el puño en el mostrador que los separaba. Sister miró an-

siosamente a lo lejos, como si todavía esperara algo. Después, casi sin pensarlo, abrió el cajón y sacó tres billetes de cien pesos, cuatro de diez y tres monedas de veinte centavos. Los volvió a contar y se los entregó a su interlocutor. Este vaciló una fracción de segundo, sorprendido. Luego, encogiéndose de hombros, se guardó parsimoniosamente el dinero y se marchó.

Antes de fin de mes debía reponer esa suma. Para esa fecha le hacían un arqueo todos los meses, de modo que para entonces tendría que haber saldado esa diferencia, si no quería que lo descubrieran. Faltaban ya pocos días. Se decidió, pues, a pedir prestado ese dinero, aunque después no tuviera con qué pagarlo. Los pobres no tienen más amigos ricos que los prestamistas. Como él no conocía a ninguno, conversó con Heredia, a quien sabía ducho en estos negocios. Este Heredia era un tipo buscavidas, que siempre andaba metido en líos de prestamistas y usureros y al que nunca faltaban unos pesos en la cartera, si bien su sueldo era de lo más exiguo. Más de una vez sus compañeros se habían preguntado el origen de esos recursos y en qué negocios andaría metido, sin que hubieran podido darse una respuesta categórica, aunque sospechaban se trataba de comisiones de dudosa limpieza.

Cuando Sister le dijo que necesitaba pedir dinero con urgencia, él le dio los datos de un prestamista de la calle Balcarce.

—Presta al 10 o/o —le explicó—, pero no hay obligación de amortizar.

—¿Al 10 o/o anual?

—¡No, bárbaro! ¡Te crees que es el Banco de la Nación! Al 10 o/o mensual.

—¿Qué? ¿Al 10 o/o mensual? De manera que por trescientos cuarenta pesos tengo que pagar mensualmente treinta y cuatro nada más que en concepto de interés? ¡En diez meses le he devuelto el capital y algo del dinero lo mismo que el primer día, como si no hubiera pagado ni un centavo! ¿Y hay quien cobra el 120 o/o anual y no está en la cárcel?

—Pero en cambio tiene la ventaja de la rapidez. Esta tarde presentas la solicitud con dos firmas y mañana te dan el dinero. Además no hay obligación de amortizar la deuda; basta con pagar los intereses.

—Claro que no hay obligación de amortizar! Como que al prestamista le conviene que le pague los intereses indefinidamente, sin amortizar el préstamo. De ese modo, en diez meses recupera el capital como si se le hubiera pagado, en veinte lo duplica y al final de la vida, después de haberle pasado religiosamente mi mensualidad como una renta vitalicia, resultaría que yo le estaba debiendo todavía los trescientos cuarenta pesos íntegros.

—Así es, en efecto. Pero cuando uno necesita dinero con urgencia, ¿a quién recurre? Un banco cualquiera, hasta los banquillos de última categoría, te exigen, además de las firmas a satisfacción, certificados de sueldo, cartas de presentación, declaración de bienes, y el diablo a cuatro. Y todo para que, después de hacerte perder diez o quince días, te salgan a lo mejor con que "no interesa la operación". Como me dijiste que no podías esperar...

—Si, no tengo tiempo que perder; pero eso ya es el colmo. Eso sería ahorrarse a sabiendas. ¿Que voy a poder amortizar, sobre esos intereses exorbitantes?

Pasaron dos días más. Ya era el 29 del mes. Sister había tocado distintos resortes, sin ningún resultado. No podía esperar más. Fué a buscar a Heredia.



—He pensado, le dijo, operar nomás con el de la calle Balcarce. Necesito el dinero ahora mismo. Después, con más tiempo, pediré en otro lado y terminará con éste.

Así se hizo. Fué con su fiador a la calle Balcarce. Allí, en los fondos de un café, tenían los usureros su escritorio, en un cuchitril de madera. Sister se acomodó de lo bien informado que estaba. Parecía que llevaban un fichero con todos los datos necesarios para sus maniobras. Cuando ellos se presentaron, el empleado que atendía se dirigió al interior y allí conversó con el que debía ser el capitalista. Sister afinó el oído, y si bien no alcanzó a entender lo que decían, percibió claramente que nombraban a Heredia, lo que no dejó de llamarle la atención. Les hicieron firmar un pagaré con la fecha y el domicilio en blanco y, en el dorso del mismo, una renuncia a diversos derechos que acuerdan las leyes. Por fin les entregaron el dinero, descontando aún diez pesos en concepto de "sellado y trámite". Sister se retiró insultándose.

Meses después resolvió poner en práctica lo que había pensado, para acarrearse de encima esa deuda que amenazaba eternizarse. Dejó de lado el Banco de la Nación, por temor a no poder pagar. Por consejo nuevamente de Heredia, operó esta vez con un sedicente "banco" que, para mayor escamoteo, se titulaba el "Protector del Hogar Económico". Es verdad que las condiciones eran más humanas. Firmaron un documento por trescientos sesenta pesos y recibieron doscientos ochenta y siete, con el consabido descuento de "sellado y trámite", amortizables en diez meses, a treinta y seis pesos mensuales. Con esos y algo más que agregó de su bolsillo, saldó Sister el préstamo anterior.

Sucedió que al tercer mes no pudo pagar, por haber tenido otros gastos. Al siguiente, cuando fué al "banco", no le aceptaron la mensualidad, por haberse atrasado. Sister se encontró sin saber qué hacer. Pasó otro mes y recibió una comunicación en que lo invitaban a hablar con el procurador para evitar el embargo. Fué, como le decían, a la "oficina de asuntos legales". El tal procurador era simplemente un empleado del banco; de ese modo, en concepto de "honorarios", el banco cobraba sumas que iban a dar a sus arcas. El procurador, indudablemente, estaba a comisión. Viendo la indignación de Sister, se quedó, por lo bajo:

—Los que "tragan" son ellos. Yo aquí soy un "pinche" cualquiera.

Sister, a pesar de todo, lo compadeció. No le envidiaba el oficio.

Después de mucho discutir, le fué propuesto este "arreglo", como único modo de evitar el embargo: las dos mensualidades abonadas por Sister se consideraban caducadas, y la operación se iniciaba de nuevo a diez meses, por el monto originario. De manera que Sister perdía esos setenta y dos pesos y debía empezar a pagar nuevamente la deuda total, es decir, los trescientos sesenta pesos del documento inicial. Además, le cargaban treinta pesos en concepto de "honorarios de procurador y gastos judiciales". Sister temblaba de rabia. Pidió un plazo para decidirse, y se retiró.

En la calle se le ocurrió una idea que consideró salvadora. De ahí no más se dirigió a la casa de César Merrill, su íntimo amigo.

—César, —dijo una vez allí— necesito que me embargues. Merrill se echó a reír.

—¿Que te embargue... de emoción? —preguntó.

—No, no; que me embargues con un vulgar judío, —contestó Sister. Para eso yo voy a firmar a tu favor un pagaré por varios miles de pesos, con fecha y plazo calculados de modo que venza hoy. Lo demás es muy fácil.

Estudiaron el asunto en sus menores detalles, hicieron cálculos y por último, Sister firmó el documento.

Cinco días después se recibía en su oficina el oficio del juez ordenando el embargo. Con él en su poder, Sister se encaminó hacia el banco. Allí pidió hablar con el procurador, y exhibiéndole el oficio, le expresó, con cara compungida, que venía a cumplir con el deber de avisarles que acababan de embargarlo.

El procurador tomó el oficio en sus manos y lanzó un silbido de admiración cuando se enteró del monto de la demanda. Inmediatamente cambió de actitud. Se volvió amable, untuoso, considerado. Fácil le fué a Sister conseguir que las cosas volvieran a su estado anterior. Seguía pagando treinta y seis pesos mensuales, como si no se hubiera atrasado. Todavía, con un gesto magnánimo, se permitió decir:

—Pierda cuidado, nomás, que yo haré lo posible por cumplir con ustedes, a pesar de la mala situación en que me encuentro.

—¿Si, si; cómo no, señor Sister. Vaya Vd. tranquilo. No volvemos a molestarlo.

Sister salió a la calle, contento. Ahora sólo le faltaba comunicarle a Merrill que podía pedir el levantamiento del embargo. Con paso ágil se dirigió a la casa de su amigo.

En el camino se encontró con Gerona, compañero de ambos. Este, que parecía sumamente afligido, dijo que iba a lo de Merrill.

—¿A lo de Merrill? —preguntó Sister—. ¿qué coincidencia! ¿Yo también voy hacia allí!

—¿Cómo, coincidencia? ¿No sabes lo que pasa?

—¿Qué pasa? —inquirió Sister, comenzando a inquietarse. Gerona se conmovió hasta las lágrimas.

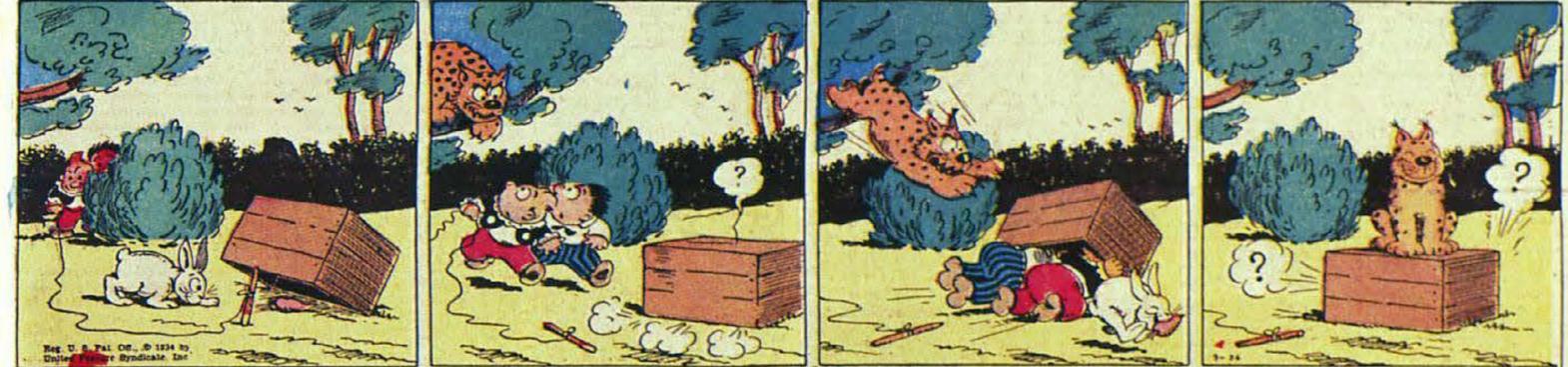
—Merrill... —tartamudeó con un nudo en la garganta.

—¿Merrill? ¿Qué le pasa a Merrill?

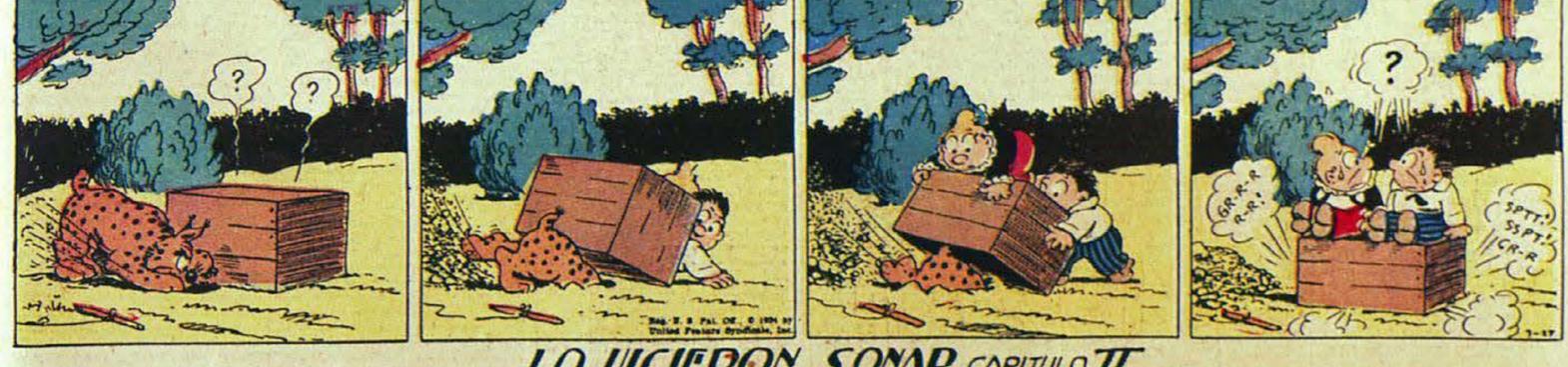
—Falleció esta mañana.

Ilustración de **JUAN SORAZABAL**

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



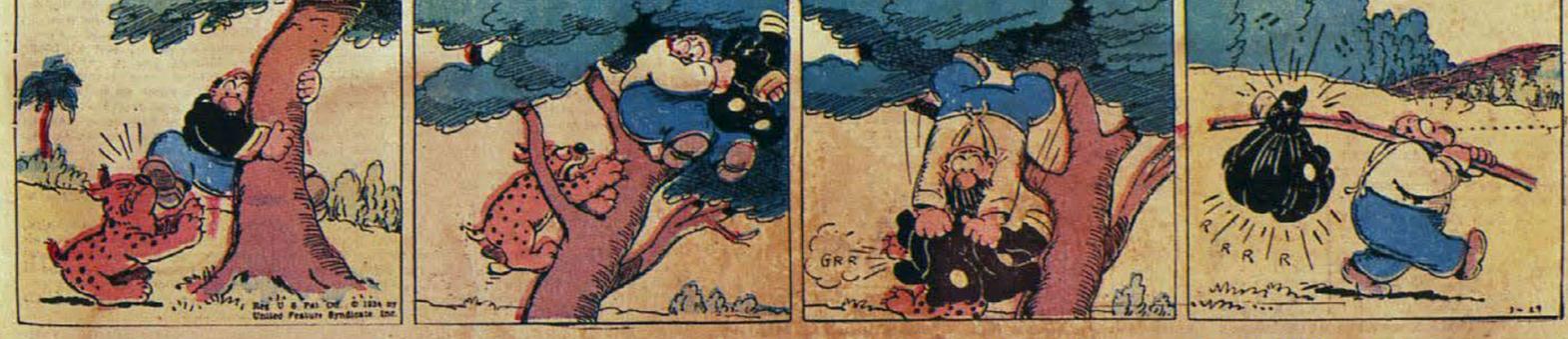
EL JAGUAR. CAPITULO I



LO HICIERON SONAR. CAPITULO II



LINYERA. CAPITULO III



Un Cuento Policial

W ADE, Atsheler murió — murió por mano propia. Decir que esto era mesurado para el reducido grupo de sus amigos y conocidos, no sería la verdad; sin embargo, ni una vez siquiera nosotros, sus íntimos, habíamos llegado a concebir esa idea. Más bien nos habíamos preparado para ella de algún modo incomprensible y subconsciente.

Antes de la perpetración del hecho, su posibilidad estaba remotísima de nuestros pensamientos; pero cuando supimos su muerte, pareció como que lo entendíamos y que todo el tiempo lo esperábamos. Esto, por análisis retrospectivo, podíamos explicarlo fácil por el hecho de su gran inquietud. Usó "gran inquietud" deliberadamente.

Joven, buen mozo, con la posición asegurada por ser la mano derecha de Elen Hale, el gran magnate de los tranvías, no podía tener razón de quejarse de los favores de la suerte. Sin embargo, habíamos observado que su lisa frente se iba cavando en arrugas más y más hondas, como por una perfecta y creciente angustia. Habíamos visto en poco tiempo que su espeso cabello negro raleaba y se plateaba como la yerba bajo el sol de la sequía. ¿Quién de nosotros podrá olvidar las distracciones y humor en que el calor, en medio de las joviales reuniones que hacía el final de su vida buscaba con más y más avidez. En tales momentos, cuando la jarana subía y vibraba con su mayor ardor, de repente, sin rima ni razón, sus ojos perdían el brillo y se hundían, su frente y sus manos contraídas y su cara coronada con espasmos de pena mental, denotaban una lucha a muerte con algún peligro desconocido, al borde de un abismo.

El nunca habló del motivo de su obsesión, ni fuimos tan indiscretos de preguntarle. Pero era el mismo, se veía, aunque lo hubiéramos sabido, nuestra fuerza y ayuda no hubieran servido de nada. Cuando murió Elen Hale, de quien era secretario confidencial — más aún, casi hijo adoptivo y socio — dejó del todo nuestra compañía, y, como lo sé ahora, por serie desgracia, se hizo tal que ya no podía ni responder a nuestra alegría ni encontrar ninguna alusión en ella. Por qué sucedió así no lo podíamos entender entonces, pues, cuando se abrió el testamento de Elen Hale, el mundo supo que era el único heredero de los muchos millones de su principal, y se estipulaba expresamente que esta enorme herencia se le entregara sin distinción, tropiezos ni incomodidades en su uso.

Ni una acción de compañía ni un penique al contado, ni un papel fueron legados a los parientes del muerto. Y en cuanto a su familia más cercana, una asombrosa cláusula establecía que Wade Atsheler entregaría a la esposa e hijos de Hale cualquier cantidad de dinero que a su juicio le pareciera conveniente en cualquier momento que quisiera.

Si hubieran habido escándalos en la familia Hale, o sus hijos fueran unos discolos o irrespetuosos, habría habido alguna excusa para esta inusual acción postuma; pero la felicidad onírica del difunto había sido proverbial en la comunidad, y era difícil encontrar progenie más sana, más limpia y más sólida que sus hijos e hijas, mientras que su esposa, los que la conocían mejor la apodaban "Madre de los Gracos", con cariño y admiración. No hay que decir que este inexplicable testamento fue tema de todos por nuevo día, y hubo chasco general en que no se produjo pleito ni difiriendo alguno.

Fue sólo el otro día que Elen Hale entró al reposo eterno en su majestuoso mausoleo. Y ahora, Wade Atsheler ha muerto. La noticia apareció en los diarios de esta mañana. Recibí ahora mismo una carta suya, echada al correo, evidentemente, sólo una corta hora antes de que se arrojará a la muerte. Esta carta, que tengo a la vista, es una narración, en su propia letra, que conecta numerosos recortes de diarios y copias de cartas. La correspondencia original, me dice, está en manos de la policía. También me suplica de hacer pública la incontestable serie de tragedias con las que estuvo inextricablemente relacionado, para advertir a la sociedad humana, contra el espantoso y diabólico peligro que amenaza su existencia misma.

Incluyó aquí el texto por entero: Fue en Agosto, 1899, después de mi retorno del extranjero, que se dió el primer golpe. No nos dimos cuenta entonces, no habíamos acostumbrado nuestra mente a tan tremendas posibilidades. El Sr. Hale abrió la carta, la leyó y la echó sobre mi escritorio con una carcajada. Cuando la hubo recorrido, también reí, diciendo: "Es alguna broma lúgubre, y de muy pobre gusto". Busca a qui, querido Juan, un duplicado exacto de esa carta.

Oficina de los F. de M., agosto 17/1899. Sr. Eben Hale, plúterata: Mu y señor nuestro: Deseamos que usted se dé cuenta que deseamos conseguir al contado, y en cualquier sección de sus vastas posesiones que usted decida, veinte millones de dólares. Esta suma le requerimos que nos la pague, o a nuestros agentes, y usted notará que no especificamos tiempo, pues no deseamos apurarlo en este

LAS MUERTES ES LABONADAS

detalle. Usted, hasta puede pagarnos, si le es más fácil así, en diez, quince o veinte cuotas; pero no aceptamos ninguna cuota de menos de un millón. Créanos, querido señor Hale, cuando decimos que nos embarcamos en esta acción desprovistas de toda animosidad. Somos miembros del proletariado intelectual que hemos decidido entrar en este negocio después de un completo estudio de la economía social, y de ponderar

Comprenderás, querido Juan, que hayamos reído de tan descabellada comunicación. La idea, debemos admitir, estaba bien



que entre sus muchos méritos de este año en primer lugar el de que podemos lanzarnos a vastas y lucrativas operaciones sin disponer de capital inicial.

Rogamos ponga atención mientras explicamos mejor nuestros puntos de vista. En la base del presente sistema social se halla el derecho de propiedad. Y este derecho del individuo a detentar propiedad está demostrado, en último análisis, que se basa única y enteramente sobre la fuerza. Los caballeros en cota de maila de Guillermo el Conquistador dividieron y se repartieron Inglaterra entre ellos con la espada desnuda. Esto, se admitirá que estamos seguros, es verdad de todas las posesiones feudales.

Con la invención del vapor y la revolución industrial vino al mundo la clase capitalista, en el sentido moderno de la palabra. Estos capitalistas y capitanes de industria virtualmente despojaron a los descendientes de los capitanes de guerra. La mente y no el músculo, gana hoy en la lucha por la vida; pero este estado de cosas no está menos basado en la fuerza por eso. El cambio ha sido cualitativo. Los magnates feudales de antaño saqueaban el mundo a sangre y fuego; los magnates financieros de granje explotaban al mundo aplicando las fuerzas económicas. Nosotros, los F. de M. no nos satisfacemos con ser esclavos a sueldo. Los grandes trusts y combinaciones de negocios (entre los cuales se cuenta Vd.) nos impiden levantarnos al lugar que nuestra inteligencia reclama, y ¿por qué? por no tener capital. Somos de los que no se banan, pero con esta diferencia: nuestros cerebros son de lo mejor, y no nos traban tontos estripiados éticos o sociales. Como esclavos a sueldo, tratamos de sol a sol, con vida sobria y avaricia, no podríamos ahorrar en sesenta años — ni en veinte veces sesenta años — una suma de dinero capaz de competir con las grandes masas de capital existentes ahora. Sin embargo, entramos a la cancha. Arroiamos el guante al capital del mundo. Quiera o no quiera luchar, deberá luchar.

Sr. Hale, nuestros intereses nos dictan demandar de Vd. veinte millones de dólares. Cuando Vd. se haya conformado con nuestras condiciones, inserte un anuncio conveniente en el "Pregonero Matutino". Entonces le comunicaremos nuestro plan para transferir la usina mencionada. Y es mejor que Vd. haga antes del 10. de octubre. Si no es así, para demostrarle que estamos en serio, mataremos un hombre en esa fecha, en la calle Treinta y Nueve. Este. Será un obrero, que ni Vd. ni yo conoceremos. Vd. representa una fuerza en la sociedad moderna y nosotros otra — una nueva fuerza. Sin odio ni malicia, entramos en combate. Vd. es la muela superior en el molino, nosotros la inferior, la vil. Vd. de ese hombre será molida por las dos, pero podrá salvarse si Vd. acepta nuestras condiciones a tiempo.

Hubo una vez un rey maldito por un tacto de oro. Su nombre está en nuestro sello oficial. Algún día para protegernos de competidores, lo haremos registrar. — Quedamos Ss. Ss. — Los Favoritos de Midas.

concebida, pero era demasiado grotesca para tomarla en serio. El Sr. Hale dijo que conservaría como curiosidad la carta, y la metió en una casilla de su archivo. Pronto olvidamos su existencia. Y con igual prontitud, el 10. de octubre, el correo nos trajo lo siguiente: Oficina de los F. de M. — 10. de octubre 1899. — Sr. Eben Hale, plúterata: Mu y señor nuestro: Su víctima encontró su fatalidad. Hace una hora, en Treinta y Nueve, Este, un obrero fué apuñalado en el corazón. Su cuerpo yacera en la Morgue. Vaya allí y contemple la obra de sus manos. El 14 de octubre, en prueba de nuestra seriedad en este asunto, y en caso que Vd. no ceda, mataremos un policía en, o cerca, de la esquina de calle Polk, Avenida Clermont. — Muy cordialmente, Los Favoritos de Midas.

Otra vez, el Sr. Hale rió. Su mente estaba muy ocupada con un trato en perspectiva con un sindicato de Chicago, sobre la venta de todos sus tranvías en aquella ciudad, así que siguió dictando a la taquígrafa, sin volver a pensar en la carta. Pero de algún modo, una honda depresión me atacó. ¿Y si no fuera broma?, e involuntariamente busqué en un diario. Allí estaba, como convenía a una oscura persona de las clases pobres, una mezquina docena de líneas en un rincón, junto al aviso de un boticario:

"Poco después de las cinco, esta mañana, en la calle Treinta y Nueve, Este, un obrero llamado Pedro Lascalles, yendo a su trabajo recibió una puñalada en el corazón por un agresor ignoto, que huyó corriendo. La policía no ha podido descubrir ningún motivo para el asesinato".

¡Imposible! fue la respuesta del Sr. Hale, cuando leyó la noticia; pero el incidente pesó evidentemente en él, pues más tarde, el mismo día, con muchos epítetos contra su propia tontería, me pidió que comunicara el asunto a la policía. Tuve el placer que riera de mí el comisario, aunque le dié con la seguridad que se ocuparían de ello, y que la vecindad de aquella zona sería vigilada extra la noche antedicha. Así quedó la cosa, hasta que pasaron las dos semanas, cuando la siguiente nota nos llegó por correo:

"Oficina de los F. de M., octubre 15, 1899. — Sr. Eben Hale, plúterata: Su segunda víctima cayó a su hora, según se planeó. No tenemos prisa; pero para aumentar la presión, desde ahora mataremos semanalmente. Para protegernos de las molestias policíacas, ahora le informaremos del evento poco antes y simultáneamente al hecho. Esperando que ésta lo encuentre a Vd. en buena salud, somos Ss. Ss. Ss. — Los Favoritos de Midas".

Esta vez fué el Sr. Hale que tomó el diario, y después de breve busca, me leyó esta relación: "Un cobarde crimen. — José Bonahue, asignado anoche a una guardia especial en la Sección Once, fué muerto a medianoche de un certero tiro en la cabeza. La tragedia sucedió en la esquina de Polk y Avenida Cler-

mont, en plena luz. En verdad que nuestra sociedad es poco estable cuando los custodios de su paz pueden ser asesinados tan abierta y alevosamente. La policía no consiguió hasta ahora el menor indicio de una pista".

— Apenas terminó el de leer, cuando llegó la policía — el comisario mismo con dos de sus subalternos, en visible alarma y sermoneo perturbados. Aunque los hechos eran tan pocos y tan sencillos, hablamos mucho, repitiéndose una y otra vez. Retirándose, el comisario nos aseguró que pronto se arreglaría todo, y los criminales serían aplastados.

Mientras tanto, pensó en señalar guardia para nuestra



protección personal, y una patrulla para vigilancia continua de la casa y jardines. Una semana después, a la una de la tarde, se recibió este telegrama: "Oficina de los F. de M., octubre 21, 1899. — Sr. Eben Hale, plúterata: Mu y señor nuestro: Sinceramente lamentamos que Vd. nos comprada tan mal. Vd. encontró conveniente rodearse de guardias armadas, como si por cierto fuéramos criminales comunes, capaces de asaltar y arrojarse por la fuerza sus veinte millones. Gra-

trangulada en el Parque Brentwood. El cuerpo se podrá encontrar entre los arbustos, al borde de la senda que va hacia la izquierda del kiosco de música. — Cordialmente, Ss. Ss. Ss. — Los Favoritos de Midas".

En seguida el Sr. Hale estuvo en el teléfono avisando al comisario del inminente crimen. Quince minutos más tarde nos avisó el mismo que el cadáver todavía caliente, había sido hallado en el lugar indicado. Esa noche los diarios se hinchaban de chilenas titulares sobre Juan

nos, esto dista muchísimo de nuestra intención. Vd. comprenderá fácil, después de pensar un poco, que su vida nos es querida. No tema. No le haríamos daño por nada del mundo. Es nuestra política cuidar a Vd. con ternura y protegerlo de todo peligro. Su muerte no significa nada para nosotros. Si así no fuera, tenga la seguridad que no vacilaríamos un momento en destruirlo. Piénselo bien, Sr. Hale. Cuando nos haya abonado nuestro precio, habrá necesidad de reducirse. Despida sus guardias ahora, y disminuya sus gastos.

Dentro de los diez minutos del momento en que recibía esto, una joven enfermera habrá sido ca-

rio, que nos rogó tener el asunto en secreto de todos modos. El éxito, Ud., dependía del silencio. Como tú sabes, Juan, el Sr. Hale era hombre de hierro. Rehusaba rendirse. Pero, era terrible, más, horrible, este tremendo algo, esta fuerza ciega en la oscuridad. No podíamos luchar, ni hacer planes, ni nada, sólo contener las manos y esperar, y semana tras semana, cierta como la salida del sol, venía la notificación y la muerte de alguna persona, hombre o mujer, inocente o dañina que fuera, pero tan muerta por nosotros como si lo hubiéramos con nuestras propias manos. Una palabra del Sr. Hale, y la matanza habría cesado. Pero él endureció su corazón y esperó, sus arrugas ahondándose, los ojos y boca afirmándose en severidad, y la cara envejeciendo por horas. No hay ni qué hablar de mi sufrimiento en ese tremendo período. Busque aquí las cartas y telegramas de los F. de M., y los artículos de diarios, etc., de los varios asesinatos.

También encontraré las cartas advirtiéndole al Sr. Hale de ciertas maquinaciones de enemigos comerciales y manipulaciones secretas con acciones. Los F. de M. parecían tener acceso a los entretelones del mundo de negocios y finanzas. Se apoderaban de informaciones y nos las comunicaban, cuando ni nuestros agentes las conseguían. Una nota oportuna de ellos, en un momento crítico de cierto trato, ahorró al Sr. Hale cinco millones netos. En otra ocasión nos mandaron un telegrama que quizá fué el medio de evitar que un anarquista exaltado quitara la vida a mi principal. Capturamos al hombre en cuanto llegó y lo entregamos a la policía, que le encontró encima cantidad de un nuevo y potente explosivo como para hundir un acorazado.

Perdistimos. El Sr. Hale estaba resuelto hasta últimos extremos. Demosolaba a razón de cien mil dólares semanales en servicio secreto. La ayuda de los Pinkertons, de Holmes y sinnúmero de agencias detectives particulares fué requerida, y además había miles de otras que figuraban en nuestra lista de pago. Nuestros pesquisas pululaban doquier, en todos los distritos, penetrando todas las clases sociales. Se agarraban de millares de claves y pistas; centenares de sospechosos eran detenidos, y en varios períodos miles de otros sospechosos eran vigilados; pero nada tangible salió a luz. En sus comunicaciones los F. de M. cambiaban continuamente de método de envío. Y cada mensajero que nos mandaban era arrestado de inmediato. Pero éstos probaban siempre ser inocentes, mientras que sus descripciones de los que los enviaban nunca coincidían. El último día de diciembre nos notificaron:

"Oficina de los F. de M. — Diciembre 31, 1899. — Sr. Eben Hale, plúterata. — Mu y señor nuestro: Siguiendo nuestra política — nos halagamos pensando que Vd. está ya bien versado en ella — nos permitimos hacerle constar que daremos un pasaporte desde este Valle de Lágrimas, al comisario Bying, con

quien, a causa de nuestras atenciones. Vd. llegó a relaciones tan estrechas. Es su costumbre estar en su oficina privada a esta hora. Mientras Vd. lee ésta, respira el sus últimas veces. — Cordialmente, Ss. Ss. Ss. — Los Favoritos de Midas".

Solté la carta y salté hasta el teléfono. Grande fué mi alivio cuando oí la simpática voz del comisario. Pero, mientras hablaba aún, su voz en el receptor terminó con un estertor, y él,

apenas, la caída al suelo de un cuerpo. Luego una voz extraña me dijo: ¡ohalá, me dió los saludos de los F. de M. y cortó.

Como un relámpago, pedí con la oficina pública, pidiéndoles socorrerian al comisario en su oficina privada, y me mantuve en el teléfono. Pocos minutos después supe que lo habían encontrado bañado en su propia sangre y muriendo. No había testigos y no se encontraron huellas del asesinato.

En consecuencia, el Sr. Hale aumentó de inmediato su servicio secreto hasta que un cuarto de millón fluía de sus arcas por semana. Estaba resuelto a ganar sus premios graduados de millones de dólares. Tienes aquí una idea clara de sus recursos y de cómo los usaba, sin tasa. Era por un principio que luchaba, no por el dinero, según afirmaba. Y hay que admitir que sus actos probaban la nobleza de sus motivos. Las policías de todas las grandes ciudades cooperaban, y aun el gobierno de los Estados Unidos entró a la liza, y el asunto se convirtió en una de las principales cuestiones de Estado. Algunos fondos nacionales se dedicaron a desenterrar los F. de M. y todo agente del gobierno estuvo atento. Pero todo en vano. Los F. de M. tenían su manera y golpeaban sin error en su condenable obra que parecía inevitable.

Hale luchaba hasta la muerte, no podía lavar sus manos de toda la sangre que las tenían. Si no era técnicamente un asesino, sin que ningún jurado de sus iguales tuviera motivo de acusarlo, no era por eso menos culpante de la muerte de cada individuo. Como dije antes, una palabra suya habría parado la matanza. Pero rehusaba decir esa palabra. Insistía en que la integridad de la sociedad estaba amenazada, que no era tan cobarde para desertar su puesto, y que era evidentemente justo que unos cuantos fueran mártires por la prosperidad de los más. Pero de todos modos la sangre estaba sobre su cabeza, y él se hundía cada vez más en el abatimiento y la tristeza. Yo estaba el mismo, abrumado con la culpa de ser cómplice. Niños, bebés, eran asesinados sin piedad, mujeres, ancianos; y no sólo eran locales estos crímenes, sino que se distribuían en todo el país. A mitad de febrero, una noche después de cenar, mientras estábamos en la biblioteca, golpearon a la puerta con violencia. Respondí yo, encontrando sobre la alfombra del corredor, esta misiva:

Oficina de los F. de M., febrero 17, 1900. — Sr. Eben Hale, plúterata: Mu y señor nuestro: Vd. perdonará nuestra intrusión, esperamos, tan poco después del triste evento de ayer; pero lo que deseamos decirle puede ser de grandísima importancia para Vd. Se nos ocurre que Vd. pueda intentar escapársenos. No hay sino un camino en apariencia, como Vd. sin duda lo habrá descubierto antes de esto. Pero queremos informarle que aun este único camino le está cerrado. Vd. puede morir, pero reconociendo su fracaso. Tome nota de esto: Somos parte y porción de sus posesiones. Con sus millones pasamos a sus herederos y cesarios para siempre.

Somos lo inevitable. Somos la culminación del agravio y la injusticia industrial y social. Nos volvemos contra la sociedad que nos creó. Somos los fracasos triunfantes, los azotes de una civilización degradada. Somos las criaturas de una perversa selección social. Creemos en la supervivencia de los más aptos. Hemos sido huérfano en la vida, a nuestros esclavos, a su suicidio y a su sobrevivido. Los capitanes de guerra, a vuestras órdenes, fusilaron como a perros a vuestros obreros en tantas huelgas sangrientas. Por tales mudgos habéis durado. No nos quejamos del resultado, porque reconocemos y tenemos nuestro ser en la misma ley natural. Y ahora surgió la cuestión: ¿Quién el presente ambiente social, bajo el nombre de "sobrevivir", ¿creemos ser los más aptos. Vosotros creéis ser los más aptos. Dejamos la eventualidad al tiempo y a Dios. — Cordialmente suyos. — Los Favoritos de Midas".

Juan, ¿te sorprende ahora de que yo haya huido de placeres y amigos? Pero, ¿para qué explicarte? Este relato aclarará todo. Hace tres semanas murió Adelaida Laidlaw y luego el Sr. Hale. Desde entonces esperé con el perar y miedo. Ayer se abrió el testamento y se hizo público. Hoy fui notificado que una mujer de clase media sería muerta en el Parque Puerta de Oro, en el lejano San Francisco. Los despachos a los diarios de esta noche dan los detalles del brutal hecho, que corresponden con lo que sabía yo.

Es inútil. He sido leal al Sr. Hale y trabajé duro. Por qué mi lealtad se premia así, no entiendo. Sin embargo no puedo fallar a la confianza puesta en mí, ni a la palabra dada, transgiriendo ahora los muchos millones que recibí a sus poseedores legítimos. Que los robustos hijos de Eben Hale obren su propia salvación. Antes que tú leas esto habrá dejado este mundo. Los F. de M. son omnipotentes. La policía es impotente. Supe por ella que otros millonarios han sido multados y perseguidos del mismo modo; cuántos, no se sabe, pues si uno cede a los F. de M., su boca queda sellada. Los que no cedieron aún están recogiendo su cosecha escarlata. El torvo juego sigue hasta el fin. El Gobierno Federal no puede hacer nada. También entiendo que sucursales similares han hecho aparición en Europa.

La sociedad está sacudida hasta sus cimientos. En vez de las masas contra las clases, es una clase contra las clases. Nosotros, los guardianes del progreso humano, somos elegidos y golpeados. La ley y el orden han hecho fiasco. Autoridades más pidieron y suplicaron guardara este secreto. Lo he hecho, pero ya no lo puedo más. Se ha transformado en cuestión de importancia pública. Hena de tremendos peligros y consecuencias y mi deber es informar al mundo, antes de abandonarlo.

Tú, Juan, por mi último pedido, publica esto. No temas. El destino de la humanidad está en tu mano ahora. Que la prensa tire millones de ejemplares, que la electricidad lo difunda por todo el mundo, doquiera los hombres se encuentren y hablen, que hablen de ello temblando de terror. Y entonces, cuando todos estén bien despiertos, que la sociedad se alece con toda su potencia y arroje de sí esta abominación.

Tuyo, en largo adiós. — Wade Atsheler.

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

POR

JACK LONDON

JUAN SORAZABAL

EN la misteriosa y — para majestad de un fiordo de Escocia — a través de las brumas cómplices de las leyendas, un monstruo acuático ha aparecido.

¿Un monstruo? Antes de que los sabios hubieran podido formularse una opinión, ya la imaginación popular había clasificado al presunto animal en la vieja familia de las serpientes de mar. Porque al margen de toda controversia científica la serpiente de mar, monstruosa escandinava, vive y pesa a lo que los naturalistas arguyen en su contra, el espíritu humano la admite siempre.

Ha aparecido un monstruo. Así, la aparición de éste a la de otros y se podrá notar que casi siempre los animales fabulosos rara vez lo son de la tierra o del aire. Y si se los hace surgir del mar, del mar inviolado.

Incoherente, anárquica para los egipcios que la odiaban, cuando de Afrodita para los griegos, santificada por los primeros cristianos, el agua era invocada como protección.

¿Era solamente por sus colores, por su poder y su voz — esa voz que hace temblar a la tierra y al cielo — que los hombres la temían?

No.

Era por lo que ella encerraba en el fondo de los abismos, esos abismos que escupían extraños animales durante las tempestades y a los cuales sólo bajaban los personajes de leyenda y los naufragos de los buques fantasmas.

Cuando la ciencia comenzó a develar los secretos del fondo de los mares, dispuso en gran parte a los brujos de las supersticiones. El hombre llegó a saber que todos los elementos químicos del mundo se encuentran originariamente en suspensión en el mar.

Se sabe que esta inconcebible masa líquida, al cubrir los 711000 de la superficie del globo, forma un freno sin duda saludable a su rotación.

Se sabe que la luna y los astros rigen su ritmo inmenso; que los volcanes sudmarinos, al hacer su erupción silenciosa, desplazan la onda gigantesca que, a 800 kilómetros por hora, se propaga a través del océano para ir a chocar y sumergir, en el otro lado del mundo, alguna tierra donde los hombres viven confiados.

Se sabe que las corrientes de agua más fría o más caliente, densas o ramificadas, recorren esa inmensa masa líquida en una circulación invisible, intestina, necesaria a la vida de las aguas como al sangre al cuerpo.

Así como los continentes tienen selvas vírgenes, el mar lleva en su seno atlántico la monstruosa e inextricable masa de los sargazos que anuló la brújula de los marinos de Colón; la selva de algas sin raíces, hormiguante de vidas; la fabulosa selva flotante ocho veces más vasta que Francia.

Magia de las Profundidades

la invención de las máquinas. Pero también las máquinas son detenidas por la fuerza del agua a poca distancia de la superficie. Y esas máquinas, con las cuales haremos dos viajes al fondo del mar, son el submarino y la escafandra.

Recordaré durante mucho tiempo la primera vez que me hundí en las aguas. Fue en el Mediterráneo.

El mar, de un color azul, espumoso por el viento noroeste, hacía chocar las olas sobre nuestro submarino cerrado. Listo para la inmersión. Yo estaba en el quiosco, junto al comandante. La cámara tenía el aspecto de un enorme autoclave, adornado de aparatos, manivelas, cuadrantes. Junto a ellos, el segundo maestro y un marinero.

Por el tubo acústico subió la voz del comandante: — ¡Listo! Abajo... Se hizo silencio. Olamos claramente el ron ron de las máquinas eléctricas. Pasaron algunos minutos. Sólo nuestro quiosco emergía de las aguas.

A través de cuatro tragaluces del tamaño de una tarjeta postal teñamos las gotas de agua irrisarse en racimos de cristal. Son los únicos miradores al exterior.



terior, porque el resto del submarino, cerrado como un cofre de acero, carece del menor tragaluz.

Se oyó la voz del comandante: — Quince metros. Punta. Menos cuatro.

Yo no veía más que los tragaluces. Estábamos ya en el seno de las aguas. Aún con los ojos cerrados lo hubiera adivinado en la blandura, en la impresión de suavidad que recibíamos, tal como se siente en un viaje en dirigible.

A través de los tragaluces se filtraba una claridad extraña, en cierto modo macia. Mirando por uno de ellos me pareció que veía al cielo por una límpida pero pálida emeraldina.

No vi peces.

Un submarino de ochenta metros de largo violando sus dominios más los asusta que los seduce.

Ningún paisaje.

Estaban debajo nuestro, en las profundidades donde el hombre no se arriesga.

De esta primera incursión no he guardado más recuerdos que el de la extraordinaria paz del ambiente, apenas perturbada por un balanceo casi insensible y el de la claridad que se filtraba a través de las bocas de luz.

En otras circunstancias pude escuchar el fondo mediterráneo desde un submarino que se había pasado suavemente sobre un banco de arena. A una decena de metros una napa de algas era movida suavemente por la corriente. La napa se movía en una bruma violeta. Conjuntos de peces se desparaban en todas direcciones, formando al desplazarse un reflejo de plata irizada. A menudo, una sombra más grande planeaba sobre ellos aproximándose a la mole de acero con una suavidad solapada; pero sobrevenía la sospecha y entonces retrocedía y se enturbaba en la corona de jade formada en la superficie por la refracción de la luz del día.

Otras veces, una colonia de medusas parecía volar sobre nosotros. Y semejaban paracaidas de ópalo en los que los rayos del sol había dibujado arcos iris concéntricos.

Desgraciadamente el submarino más moderno no puede descender más que hasta 80 metros de profundidad. Esta cifra está escrita en rojo sobre el pequeño cuadrante en el que se mueve con regularidad silenciosa e impenetrable la aguja que marca el descenso.

A partir de los 80 metros comienza el peligro. A partir de los 80 metros no se sabe si la caparazón del submarino podrá resistir la enorme presión de la masa líquida.

bras líquidas de ciertas algas, las rocas se adornan de plantas — que a menudo son animales — entre las cuales los peces quedan como en suspenso.

Los mariscos, boquiabiertos, pintados de anaranjado, rojo, azul, se ven pegados a las anfractuosidades de una gruta en miniatura en la que se desfilan pesadamente, la esparazón enrojecida de un crustáceo.

Los corales tuercen sus ramas, agrupan sus corolas en ramos lechosos. Algunas plantas ostentan orgullosas sus hidras carnosas y brillantes, de un tono negro violáceo.

A menudo el piso se convierte en un campo de algas verde botella salpicadas de estrellas rojas. Y ese campo de algas se pierde en el mar de algas rosadas, grises, azules que tapizan alguna roca bordada de anémonas raras que, a la aproximación del hombre, se cierran de golpe introduciéndose en su tallo hueco como un estuche.

Algunos peces, atraídos por las burbujas de aire, se arriesgan contra los vidrios del casco, huyendo con sus curiosos hocicos que mascan sin cesar. Otros peces pasan — relámpagos de acero azul — en una inmensa densa que, de pronto, se detiene, fluctúa y se dispersa.

Un pulpo, escondido en el fondo de un agujero, se hace fondo de un agujero, se hace fondo, replegado a la altura de sus ojos fijos, listo para azotar una imprudente presa. Otro, huyendo ya engullido a un cargero de mar, se arrima lentamente a la roca para digerir.

Arañas más criadas de espinas que de pelo agilizan sus finos agujeros y después se inmovilizan estupidamente en la contemplación del agua donde las cepias nadan pesadamente arrastrando sus tentáculos como velos de grotescas bailarinas.

Una cabeza plana, feroz, rasgada a todo lo ancho por un hocico yoraz, mira a través de su ojo chato, cómo serpentean sus hermanas rayadas de amarillo y negro.

Un guajiro rueda.

¿Un guajiro?

Es un gran cangrejo de apariencia enmohecida.

Las piedras tienen aquí esmeramientos animales y las plantas caricias mortales para sus presas.

Como al volar, se eleva del suelo alguna ray que las alas se alazan y así se establecen en sus bordes formando ondulaciones sedosas.

En esta atmósfera, en que la claridad vidriosa y la distancia deforman las cosas más banales y las adornan de dibujos temblorosos, tiene el buzo desnudas sus manos. Toda la vida que lo rodea y el agua en que está encerrado no lo percibe más que por sus manos. Y todo se desmorona a menudo entre sus gruesos dedos. Esas flores que encantaban su mirada, he aquí que apenas tocadas se deshacen en una tenue gelatina. Y si pudiera llevar una brazada de ellas a la superficie se encontraría a la luz del día con que

momentos tienen su vida entre sus manos.

Ese mar que le sirve no solamente para respirar. Infla su amplio traje y establece entre su cuerpo y el abrazo del mar un colchón protector. En efecto, en la tierra, al aire libre, la presión atmosférica pesa más o menos un kilo sobre cada centímetro cuadrado de nuestro cuerpo. Esto bastaría para aplastarnos. Pero nosotros no lo sentimos porque respiramos este aire a la misma presión y así se establece entre el interior y el exterior de nuestro frágil esqueleto un equilibrio saludable. El buzo, a 20 metros bajo el agua, respira el aire comprimido que se le envía y establece así un equilibrio semejante lo que permite soportar la presión del colchón de aire y de las aguas.

El límite de profundidad a que un buzo puede llegar es de 20 metros. Si posee cualidades excepcionales puede arriesgarse hasta los 30. A 40 metros de profundidad llegaron los que han querido cumplir una performance peligrosa. Más allá de los 50 metros se corren riesgos mortales.

Mediante el ludión el buzo regula su inmersión y la llegada y salida del aire, factor éste de capital importancia por cuanto su conocimiento le impide irse a pique por falta de aire o hincharse demasiado por inflación de la escafandra, lo que haría correr riesgo al buzo de volver a la superficie bruscamente, como una pelota, provocando el estallido de los vasos sanguíneos a causa de la falta repentina de presión.

Frenado por las aguas, el buzo mira delante de sí, a los costados y hacia arriba a través de cuatro tragaluces. No oye más que el silbido monótono del aire que, entubado por la presión de la bomba, entra en la escafandra y a ratos el glu glu del agua que hace salir a través de una válvula a fin de equilibrar la presión.

Sus movimientos son lentos, de una lentitud de sueño. La humedad lo penetra, ennegrece el interior de su escafandra, hincha insensiblemente una esponja que lleva sobre el pecho.

Pero helo aquí ya en el fondo mullido. Sólo para él se ofrece la visión de la selva submarina. En ella comienza a ambular el caballero solitario, cuyo yelmo de acero se adorna de un penacho negro de tono verdoso que el hervigero de las burbujas dejadas salir por la válvula hace desvanecer. A diez metros de él todo se enturbia; pero ahí cerca, sobre la arena coloreada por las som-



LEYENDO por última vez una obra titulada "Los que pasan", de la que es autor el no menos escritor Constanza C. Vigil, descubrí algunos pasajes dignos de exposición (translocación). Dejando a un lado los hechos vitales que poseen el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es el siguiente, que florece en la página 31:

La tía Flora tampoco poseía atractivos exteriores. Era tan humilde, que se juzgaba la última persona de la casa, casi al nivel del gato y del canario. Acepto que la tía Flora posea los fuertes vínculos que posee el título son ciertas pasarelas y pasamanos y con determinados exámenes y pasatiempos del póker, me ocuparé rápidamente del análisis del manuscrito. Un buen párrafo de vigilia es

SAN MARTIN Y BELGRANO

Dos Conceptos Militares

COMO se había producido el milagro? Como San Martín, militar oscuro y desconocido en su propio país, ha conseguido cambiar en pocos meses el aspecto político de la Nación, reforzar sus ejércitos, reanimar la confianza general y levantar sobre sus armas la bandera azul y blanca de la revolución, desterrando para siempre aquella práctica católica y tímida, tan cara a Rivadavia, que ennoblecía a los propios soldados insurreccionales del estandarte de Fernando VIII...

chachos son capaces, sólo yo lo sé. Quien los iguales habrá, pero quien los exceda, no...". suele afirmar cuando la ocasión le lleva a hablar de sus hombres.

Su premio máximo es la cordialidad. —"Oye, chico...". —"Ven acá, chico...", son las palabras que dirige al soldado que quiere distinguir; y éste, agradecido, siente el precio de este supremo galardón, el aprecio afectuoso del jefe respetado y querido por sus hombres.

Pero es en la formación de su plantel de oficiales donde

pública y privada de cada uno de sus elementos.

Así, bajo el nombre de "Establecimiento de la reunión mensual de oficiales y cadetes del regimiento de granaderos a caballo", acaba de dictar una ordenanza que grata al ardor juvenil de sus colaboradores, no dejará de levantar la protesta y las resistencias de otras gentes apegadas a las viejas y más dulces

para hablar sobre el particular que se propone, lo que discutido a satisfacción se sombrará una comisión de tres oficiales que será a elección de todo el cuerpo para la averiguación del hecho, pero dichos oficiales deberán ser más antiguos y de mayor graduación que el acusado.

"Hecha la averiguación se citará a junta extraordinaria, a la que la comisión de residencia hará presente el encargo que se le ha confiado, y según lo que resultare de la exposición se volverá a discutir sobre ello, cuya discusión concluida se pasará a votación secreta, es decir, por papeletas y en los mismos términos que se verifican las acusaciones, pero firmando cada oficial su dictamen que, poco más o menos, deberá ser concebido en estos términos: —"El teniente Don Fulano de

primer oficial que lo encuentre".

"Arrancado a estocadas por el primer oficial que lo encuentre"... [Ha calculado San Martín el efecto que puede producir cláusula de semejante energía en el ambiente morigerado, apaciblemente burgués, de la gran aldea]...

"Es que los pacíficos vecinos, los tranquilos comerciantes de Buenos Aires, van a tener que ver sus altas aceras, las calles enlodadas por donde circulan las carretas de mannos bueyes, convertidas en campos de desafío? ¿No es esto fomentar el duelo?..."

Justamente, entre los delitos, las faltas graves, por las cuales se ha de exigir la expulsión del seno del cuerpo de oficiales, establece el citado reglamento: 2. — "Por no admitir un

religión, en los demás ejércitos de la patria?"

El propio Belgrano se ha sorprendido y alarmado al leerle el rumor de tan increíbles novedades. ¿Qué va a ser de San Martín si de este modo se atreve a rozar las costumbres más respetables, las más arraigadas preocupaciones de los hogares argentinos? ¿No es su deber el advertirle del tembla-

sas; pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes, y sólo por este medio han traído las gentes bárbaras a las armas, manifestándonos que atacáramos la religión.

"Acaso se reirá alguno de este, mi pensamiento, pero usted no debe llevarse de opiniones exóticas, ni de rumores que no conocen el país que pisan; además, por este medio conseguirá usted tener el ejército bien subordinado..."

"Estoy cierto que en los pueblos del Perú la religión la reducen a exterioridades de todas clases, pero son tan celosas de

fuera de su país, que se ha educado totalmente en el extranjero, que hasta habla con un acento que no es el habitual en América y usa frases y giros que aligen calificará de "gitanos", es acaso un extraño en su tierra?..."

"Ergo se equivoca. Otradesentranarán con más penetrante visión, la soterrada raíz de este ligero incidente.

Por ejemplo, el general Paz, sabrá bien a qué atenerse al aludir a él en sus "Memorias"

No es por estas causas fortuitas que señala Belgrano que el criterio de San Martín ha despertado resistencias y ha chocado de una manera evidente con el suyo propio. No; la cuestión es más compleja, y es por ello que el teniente coronel de granaderos, seguro del buen resultado final, no se preocupa de censuras, no intenta justificarse y con silencioso tesón lleva su opinión adelante.

Dos dilatadas maneras de ver, de a fundamentales conceptos de la disciplina militar, dos técnicas opuestas, bases del arte de modelar al soldado, se han contrapuesto por primera vez en América a raíz de este cambio de cartas.

Belgrano pertenece a la vieja escuela, que desde la revolución, ha imperado en América. El soldado no es, dentro de ella, un simple instrumento de acción, un arma más, ciega y precisa, entre las armas de sus jefes. El soldado es, para la escuela de Belgrano, una suerte de colaborador al que se le exige, maneja y conduce por procedimientos casi civiles. Las arengas, los discursos, las amonestaciones y, en todo caso, los escapularios y las medallas, forman en sus arsenales. Esta técnica confía más en la aquiescencia libre y espontánea, en la persuasión y en la sugestión, que en el estricto imperio de la disciplina. Pero si ella tiende, visiblemente, a la elevación de las conciencias individuales y a la creación de buenos ciudadanos, como instrumento de organización militar adolece, en cambio, de laxitud y no puede prometer un gran rigor de precisión por lo que hace a sus resultados inmediatos.

Para San Martín, en cambio, el soldado ha de ser, ante todo, un soldado, y nada más. El orden, la disciplina, la moral, han de surgir de la ordenanza, bien calculada y estrictamente cumplida. Dentro de ella todo factor extraño a la organización exclusivamente militar de los cuerpos ha de mirarse como elemento de indisciplina.

La obediencia y la ejecución de las órdenes no han de estar sujetas a la voluntad individual, tocada siempre de cierto fermento anárquico, sino al juego exacto de una escala jerárquica rigurosamente sostenida.

No en vano ha meditado largamente San Martín sobre las memorias de Federico de Prusia; no en vano es un militar de escuela que ha conquistado sus galones de teniente coronel en acción, a los 33 años, por bien definidos y decantados méritos de guerra. Tampoco ha sido, ciertamente, inútil para su formación militar, el haberse batido con las fuerzas más aguerridas y disciplinadas de su tiempo. ¿Es, pues, a él, que ha militado en las tropas que vencieron a los ejércitos de Napoleón, y que ahora se apresta a batirlas otra vez, a quien habrá de dictar lecciones de moral militar un abogado de América?

Por todas estas reflexiones, San Martín ha sonreído con comprensiva amabilidad ante las frases cordialmente consejeras, amistosamente inspiradas, llenas de la voluntad de ser útiles, así como ante la política que ellas insinúan.

No obstante lo estrictamente militar de sus proyectos, San Martín no desdeña sin embargo aquellos detalles exteriores que puedan establecer una mayor y útil vinculación con sus soldados. Así, por ejemplo, cuando se ha tratado de ampliar el número de plazas de su regimiento de granaderos ha pedido al gobierno que le leva a realizarla entre sus compatriotas. El sabe hasta qué punto es importante que sus hombres se sientan solidarios de su jefe mayor, por el influjo, siempre decisivo, de una común patria chica. La popularidad de su cuerpo le preocupa también como asunto fundamental, y todas las medidas que ha dictado, desde el establecimiento de los estatutos secretos, hasta a aquel cabo de guardia, "cabo de guardia" como le llaman los regimientos, que no deja salir del cuartel un soldado ni un oficial que no observe una impecable corrección y limpieza en su aspecto, tienden todas al mismo resultado.

No bastaba poseer el instrumento; era preciso, además, crear la voluntad de usarlo y ordenar la inteligencia de su riguroso. No era en verdad propicia a una gran campaña militar la política del instante. "Hay muchos diablos que se empuñan en la desunión y la conseguirán si a tiempo no sales ataja", había escrito al gobierno, por esos días, un espíritu vigilante.

El sentido político, el don de organización y hasta el genio de la intriga, dormían como recursos no usados en el carácter de San Martín, quien los desplegaba ahora, paralelamente a su labor de organización militar, en favor de una campaña útil.



su experiencia militar ha debido cifrar todo su empeño.

Sólo dos factores ha tenido en cuenta San Martín para la aceptación de los propuestos: los méritos de guerra acreditados ya o la educación anterior de sus futuros colaboradores.

Abundan los veteranos expertos en un país que cuenta ya con importantes campañas. Sin embargo, militares absolutamente empíricos, formados en ejércitos que no brillaron por su disciplina, salidos muchos de ellos de capas sociales de no muy elevado origen, no constituyen la materia más apta para

En América gustan, por lo general, los paramentos vistosos, los entorchados, los cachos, las charreteras. San Martín ha adoptado, no obstante, para su regimiento en formación un uniforme sencillo, al que habrá de dar prestancia marcial la física apostura de sus soldados.

Apenas han comenzado los ejercicios de instrucción del regimiento que el gobierno le ha ordenado formar y sus reclutas le aman ya, como si le conocieran y le hubieran servido a través de diez campañas.

Tiene para ellos un aire novedoso y seductor esta disciplina netamente europea que les transforma y dignifica, con inusitada rapidez, ante sus propios ojos. A mediados de abril llegaban los primeros reclutas. Eran jóvenes de campo sin la menor instrucción; humildes, ástrosos, lamentables. ¿Quién hubiera podido reconocerlos, tres meses después, en la biza estampa de los marciales granaderos que comenzaron a lucirse por las calles de Buenos Aires...

Los cuarteles del Retiro, sede militar del escuadrón de granaderos a caballo, cuya formación corre por cuenta de San Martín, son tal como un enorme crisol, una suerte de fragua mágica, donde un incansable alquimista, a ratos severo, a ratos jovial, enseña actitudes, modela cuerpos, temple voluntades y transmuta el deslucido pergenio de una juventud zafia y marchitada en el trabajo rural, en el más bello florón de los ejércitos de la patria.

Mañana y tarde acude San Martín a los cuarteles del Retiro para explicar de viva voz, ante la tropa formada, las lecciones del día. El mismo, enfundado en su modesta casaca azul, ceñido el muslo por el pantalón de punto, calzada la bota granadera, alta la cabeza bajo la mirada de sus soldados, se ofrece como modelo ejemplo para las actitudes y movimientos que dicta. Sus granaderos ajustan a la imagen de su teniente coronel el más mínimo juego de sus ademanes. Lentamente, teoseramente, les va infundiendo San Martín su propio espíritu, y al modelar ese barro elemental de sus soldados, va formando a aquellos hombres a imagen y semejanza de sí, como en el misterio bíblico del génesis.

El pueblo que acude curioso a la explanada del Retiro para contemplar las marchas y evoluciones de la tropa, contempla con sorpresa y con orgullo el nuevo tipo de sus soldados.

Todo en ellos trasunta eficacia marcial; todo en ellos está sujeto a ordenanza. No sólo en los oficios de guerra; pero, en los simples detalles de presentación, se evidencia el espíritu del regimiento. Llevan a todas horas erguida la cabeza con útil exageración, y avanzan el pecho con altanería. Les está prohibido el atuzarse los bigotes sin levantar, previamente, los codos a la más arriba de la altura de las manos. Y en las calles de la ciudad colonial, no pueden volver la cabeza a un llamado sin hacer girar el cuerpo entero. El uniforme es sólo un detalle en la formación de su pergenio: su continente y sus gestos bastan para evidenciar el nombre de su regimiento.

San Martín, severo e inflexible en las cuestiones militares, sabe tratar a sus soldados una vez que ha sonado la orden de "fropman filas".

"¡Mia muchachos!", les llama con genérica expresión de cariño, paternal. Y en sus ausencias, no cesa de elegirlos, rindiéndoles justicia calorosamente: —"De lo que más mu-

normas de los tiempos coloniales.

Cada domingo del mes, según reza la citada ordenanza, deben reunirse algunos de los cadetes en casa del comandante de la sesión por un breve discurso, en que mostrará la utilidad del establecimiento y la obligación en que se encuentra todo oficial de honor de no permitir en el seno del cuerpo a "ninguno que no correspondiera a él".

"Concluido el discurso mandará salir oficial por oficial a otra pieza en la que habrá unas tarjetas en blanco para que cada uno escriba lo que haya notado en la comportamiento de algún compañero.

"Concluido esto se levantará el sargento mayor o el capitán más antiguo en defecto de éste, y correrá el sombrero en el que cada oficial depositará su papeleta con la mano cerrada para introducir. Recogidas que sean las pasará al jefe principal para que las revise en secreto y si encontrase alguna acusación y el acusado se hallase presente, lo mandará salir, lo que verificado hará presente al cuerpo de oficiales la papeleta que hubiere dado motivo a la salida anterior.

"Cada oficial tiene derecho

"Tal, no es acreedor a alternar con sus honrados compañeros", o —"El teniente Don Fulano de tal es acreedor a ser individuo del cuerpo".

"La penalidad de éstos será la que decida la suerte del oficial, y en caso de empate, el voto del jefe general validará por dos.

"Si el oficial acusado saliese inocente, se le hará entrar a presencia de todo el cuerpo de

desafío, sea justo o injusto".

"Gran revuelo en todos los hogares porteños, que han confiado sus hijos, en calidad de cadetes, al teniente coronel...".

"Pero, cómo! ¿es que ignora San Martín que el delito del duelo trae aparejada, automáticamente, la excomunicación mayor inmediata? ¿Qué madre porteña no se estremecerá de horror ante la posibilidad de ver a su hijo herido por tan irremediable

deral en que acaba de poner sus plantas?..."

Después de pasearse largo rato por su habitación, cabizbajo, con los labios apretados, se ha puesto a escribirle de su puño y letra una carta en la que se enlazan y discurren los finos rasgos de su bella caligrafía:

"Mi amigo! — le dice, entre otras reflexiones —: hablo a usted como tal y según mi deseo de sus aciertos. No sé quién ha venido por aquí con la noticia de las reglas reservadas con que deben gobernarse los cuerpos, inculcando el duelo; me lo han preguntado varios vecinos asombrados y a todos he contestado que ignoro y aún dudándolos.

"Son muy respetables las preocupaciones de los pueblos y mucho más aquellas que se apoyan, por poco que sea, en cosas que huelan a religión. Creo muy bien que usted tendrá esto presente y que arbitrará el medio de que lo cumpla esta disposición y particularmente que no llegue a noticia de los pueblos del interior.

oficiales y se le dará una satisfacción con el presidente.

"Si el oficial acusado saliese reo, se nombrará una comisión de un oficial por clase para anunciarle que el respetable cuerpo de oficiales manda pida una licencia absoluta y que en el interin que ésta se le conceda no se presente en público con el uniforme del regimiento y en caso de contravenir se le arrancará a estocadas por el

ble anatema! ¡Ah, no; una cosa es el honor militar y otra la salvación del alma, en un país de tan arraigados sentimientos católicos!

Mas que el asombro, el estupor, ha cundido por todo el país al circular tan inaudita noticia. Y lo peor — se comenta — es que a pesar de todo, el regimiento tiene partidarios. ¡Se atreverán a hacerlo extensivo, contra todos los fueros de la

religión, en los demás ejércitos de la patria?"

El propio Belgrano se ha sorprendido y alarmado al leerle el rumor de tan increíbles novedades. ¿Qué va a ser de San Martín si de este modo se atreve a rozar las costumbres más respetables, las más arraigadas preocupaciones de los hogares argentinos? ¿No es su deber el advertirle del tembla-

estas que no cabe más, y aseguro a usted que se vería en muchos trabajos si notasen lo más mínimo en el ejército a su mando que se opusiese a ella y a las excomunionas de los papas.

Justamente, entre los delitos, las faltas graves, por las cuales se ha de exigir la expulsión del seno del cuerpo de oficiales, establece el citado reglamento: 2. — "Por no admitir un

ARISTIDES RECHAIN

JOSE DE ESPAÑA
ILUSTRACION DE RECHAIN



Ensangrentado!

Desde las cinco de la tarde el tren rodaba. Algunas paradas que parecían interminables y después, de nuevo, el resoplar monótono de la locomotora. Yo había concluido hacia ya mucho tiempo el libro que llevaba para el viaje, y miraba a través de los vidrios la llanura que se extendía hasta perder la vista. Había tratado en vano de dormir. Estaba irritado de tanto fumar. En una de las paradas un viajero subió a mi compartimento. Era una pequeña estación que debía servir pueblos alejados. No se veía una sola casa en los alrededores.

El pasajero se instaló frente mío, depositó un paquete bajo la banqueta y me miró divertidamente. Parecía un enano que se hubiera agrandado demasiado. Su traje, muy nuevo, era también muy corto. Su calzado estaba gris de polvo. Se había puesto la gorra sobre el cráneo, pero sin hundirla mucho. Tres horas pasaron sin que me dirigiera la palabra. Me miraba atentamente como se mira a un insecto debatirse en un recipiente con agua.

Después cerré los ojos y se durmió rápidamente. La tarde caía y pude sentir su respiración que se hacía más lenta y profunda. Por temor de despertarlo (envidiaba su sueño), me inmovilicé. No osaba levantarme ni mover la mano, ni toser. Contaba los segundos. Mi paciencia estaba por concluirse.

El hombre cambió de posición sin despertarse. Se acostó sobre la banqueta y posando su cabeza sobre su mano izquierda, dejó colgar su mano derecha. Estaba ya muy somnoliento y yo no distinguía más que los gestos del que dormía. Su puso a roncar, a silbar, más que a roncar, como un hombre extremadamente cansado que se ha dejado conquistar por el sueño, que rehúsa luchar contra el sueño.

Asistía a la caída de la noche. Me parecía que el tren que me llevaba penetraba lentamente en el dominio de la sombra. Los ruidos parecían más fuertes y más pesados, los olores subían amplificándose, mientras que una calma incierta, móvil se insinuaba. Me dejaba acunar. Caía en un sopor.

Con un esfuerzo que no justificaba el alcance de mi acto, encendí un cigarrillo. Jamás ese gesto que cumplí tantas veces por día y tan masoquísticamente, me pareció más penoso y más lento.

Aproximé lentamente el fósforo a la extremidad de mi cigarrillo y después de haber echado algunas pitadas, arrojé a mis pies la pequeña llama. Cayó a algunos centímetros de la mano abandonada del que dormía. Si no hubiera estado en el momento singular en que me hallaba, me hubiera levantado bruscamente y hubiera apagado con el pie el fósforo. La llama, antes de extinguirse, subió y echó un vivo resplandor sobre la mano de mi compañero.

ro. Y vi que estaba como constelada de sangre.

La llama se extinguió. La noche, en ese momento, era profunda. Atravesamos algunos maticos de árboles que hacían más pesada aún la obscuridad.

Encendí otro fósforo y fingiendo buscar sobre el piso del vagón un objeto perdido, me aproximé a la mano que había visto ensangrentada. No era una alucinación. Ninguna duda era posible. Una gran mancha de sangre seca maculaba el reverso de la mano dormida. Tenía también sobre la muñeca un brazalete sangriento, un brazalete espeso.

—Este hombre se ha herido —pensé. Y traté de pensar en otra cosa.

Pero el medio de evitar ciertos pensamientos no se encuentra después de rodar una veintena de horas por la comarca más monótona del mundo, al principio de la noche, cuando el espíritu está vacío por el resoplar regular de una locomotora y el rodar monótono de las ruedas sobre la vía.

Hice esfuerzos para resolver problemas que me planteaba, me asía a cifras, a fórmulas, jugaba con palabras. Pero no era sino la superficie de mi espíritu la que reflejaba esos pensamientos. En el fondo de mi mismo había una imagen constelada de sangre, sobre esa mano abierta delante mío.

De pronto abiqué. Renuncié a adiestrarme y dejé mi imaginación librarse a las más inquietas fantasías. Ella me impuso la convicción de que ese hombre dormido era un asesino. La noche que me rodeaba por todas partes, que me aislaba y me hacía perder contacto con toda realidad exterior, favorecía esta súbita inquietud.

Retomaba uno a uno todos los detalles que me habían llamado la atención: los zapatos cubiertos de polvo que traicionaban una larga caminata a través de los campos hacia la estación donde el hombre había subido, el traje demasiado estrecho era rojado en cambio de aquellos que el hombre llevaba a la hora del crimen, la extraña e inencontrable fatiga del hombre, que sucedía a un violento esfuerzo.

Imposible resistir. Tenía la certeza de que mi compañero de viaje era un asesino. Pero la imaginación no nos deja tranquilos así como así. Ella me obligaba a inventar las razones y las circunstancias del crimen.

Lenta, pero regularmente, un cuadro coloreado se componía y elevaba delante mío. Olvidé mi propia existencia y el decorado del tren. La realidad cedía a esta alucinación y me dormí con esa reconstrucción delante de los ojos.

que duerme y la visión del destilado.

Las inciertas luces del alba me despertaron. Hacía frío. No tomé inmediatamente conciencia de lo que me rodeaba. Abri varias veces los ojos antes de recobrar el equilibrio de la vigilia.

El hombre seguía durmiendo. La luz grisácea del sol levante iluminaba su mano manchada. La sangre se había tornado casi negra.

Pasó alrededor de una hora. Mi compañero no se movía y yo mismo me dejaba apresar por un adormilamiento.

Una brusca parada cambió toda esta atmósfera. Pareció que, bruscamente, todo se había roto. Mi compañero se enderezó y miró inmediatamente a través de los vidrios del vagón. Con la manga del saco, frotó el vidrio que la neblina tornaba opaco. No pareció darse cuenta de que su mano estaba maculada de sangre. Obedecía a una idea fija, yo no sabía cual. No había más que ver con qué atención observaba las idas y venidas de la gente en la pequeña estación donde habíamos parado. Bostezó varias veces, pero sin quitar los ojos del vidrio del vagón. Volvimos a partir y una sonrisa semejante a una mueca se dibujó en el rostro del hombre.

Me miró entonces y notó que mis ojos estaban fijos en su mano. Pero no se movió. Fui yo el que no pudo soportar ese silencio y fui yo el que mirándole intensamente le pregunté:

—¿Está usted herido?

Miró su mano izquierda antes que la derecha, esa que aun estaba manchada.

—No — dijo.

Y se frotó la mancha que comenzaba a escamarse. Pero se calló y toda su actitud y la expresión de su rostro me hicieron comprender que no deseaba hablar más.

Nos mirábamos sin decir una palabra y yo podía ver en sus ojos que él leía claramente mi pensamiento, que había adivinado mis sospechas.

En varias ocasiones el tren disminuyó la marcha. Miró a través del vidrio con lo que yo pensaba era inquietud.

Llegamos al fin.

Al descender noté hombres cuya apariencia y actitud revelaba que pertenecían a la policía. Acechaban a algún viajero.

Detrás mío mi compañero de la noche esperaba. Tomó bruscamente una decisión. Se apoderó de mi valija y me dió el brazo.

A la salida le reclamaron el boleto.

—He perdido mi ticket de andén — dijo — y tendió cincuenta céntimos.

Después me hizo apurar el paso.

Cuando llegamos al estacionamiento de taxímetros puso mi valija en un vehículo y me dejó el brazo.

—Gracias — dijo simplemente. Y saltó en el primer automóvil que pasó.

Peloponeso y Jazmín



por Hamlim

Panel 1: TENGO A TODO COPERNICO EN LA CABEZA.
Panel 2: YA NEWTON Y A PTOLOMEO.
Panel 3: NO OS QUIERO VER, ESTRELLAS INSALUBRES.
Panel 4: ¡OH!
Panel 5: ¿QUIÉN SOS VOS? ¿UN PROFESOR DE LA GORBONA?
Panel 6: MIRIJILIANSKI JOLIANSKI.
Panel 7: MIRIJILIANSKI HAS DICHO?
Panel 8: CIELINSKI LINDISKI PARA MIRARLSKI, YO TE LO VENDERISKI.
Panel 9: ¡AH! SOS UN PRESTAMISTA.
Panel 10: TI VENDO LA LUNAS PIR UN PESO.
Panel 11: ¿CUANTO ISTA QUI DAS?
Panel 12: FUERA!
Panel 13: MIRA Y ESCUCHA.
Panel 14: ¿DONDE ANDARA EL CHIVO? ME VENDIÓ UNA PIEL PODRIDA.
Panel 15: DICEN QUE ESTAFABA A SU CLIENTELA.
Panel 16: ES UN ESPECULADOR.
Panel 17: SI, PERO TIENE UNA HIJA PAPA.
Panel 18: LAS ARMAS QUE LES SAQUE VAMOS A EMPENARLAS AL BANCO DE PRÉSTAMOS.
Panel 19: ¡PILOPONESOS!
Panel 20: TE DIGO QUE DESPUÉS PODEMOS VENDER LA POLIZA.
Panel 21: SI TRABACAS TUDO LAS DIAS Y NO SIGANA NI PARA SIMILLAS DE MIRASOLES.
Panel 22: ISTA QUI MI GUSTARIA FUNDAR UNA BANQUITOS COMERCIAL.
Panel 23: NOMBRE ME CAJERO.
Panel 24: ¡SILENCIO! DEBEN SER LOS GRIEGOS REUNIDOS EN EL AGORA.
Panel 25: VAMOS A MATAR A PELOPONESO Y AL RUSO.
Panel 26: NO IS NIGOCIO SIGURO.
Panel 27: ¡GUERRA A LA AVARICIA!
Panel 28: ¡INVOCO EL INOLVIDABLE ESPIRITU DE LA JUSTICIA!
Panel 29: DICEN QUE USTED COBRA EL 76% SEMANAL, Y ES MUCHO.
Panel 30: ISTA QUI SI NO HA GO ESO MI ARRUIÑO.
Panel 31: ¿HERMANITOS!
Panel 32: QUE NOS DEVUELVAN EL DEFICIT.

POR Philippe Soupault

ILUSTRACION DE Sorazábal